

F
254 2

MEMORIA

SOBRE

EL VIRUS VACUNO,

premiada con la medalla de oro y título de sôcio de
mérito por el Instituto Médico Valenciano
en el concurso de 1858.

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

D. JUAN JOSÉ GUILLERMO BOURQUET,

Doctor en Medicina y Cirujía, Cirujano en jefe del Hospital general del
Hôtel-Dieu y de las cárceles de Rodez, departamento del Aveyron,
Médico vacunador de la Subdelegacion de Rodez, conservador
del virus vacuno por el propio departamento, é individuo
del Consejo de Higiene y de salud pública del mismo.



VALENCIA.

IMPRESA DE D. JOSE MATEU GARIN,

plaza de la Almoina, núm. 2.

1858.

THE UNITED STATES OF AMERICA

DEPARTMENT OF THE INTERIOR
BUREAU OF LAND MANAGEMENT

WARRANT

WHEREAS, the following land is owned by the United States of America, to-wit:

b1962086x
i22595727

MEMORIA

sobre

EL VIRUS VACUNO,

premiada con la medalla de oro y título de sôcio de m茅rito por el
Instituto M茅dico Valenciano en el concurso de 1858.

De todas las buenas pr谩cticas m茅dicas,
la mas preciosa y quiz谩s la mejor, es la
vacuna.

Informe de la Academia nacional de
Medicina, a帽o 1851.

La accion preservativa del virus vacuno  es temporal   absoluta? En el primer caso,   hasta qu茅 época se conserva, y qu茅 medio puede emplearse para hacer su accion indefinida?   Dependen de la vacuna las afecciones morbosas, que se la atribuyen? Comprobar la opinion que se emita, sacando conclusiones de casos pr谩cticos;

Tal es la cuestion de medicina puesta en concurso para el a帽o 1858 por el Instituto M茅dico Valenciano, y de cuya solucion voy   ocuparme en esta memoria, siguiendo en el ex谩men que voy   hacer, el órden en que ha sido formulada.

1.  La accion preservativa del virus vacuno  es temporal   absoluta? En el primer caso,   hasta qu茅 época se conserva y qu茅 medio puede emplearse para hacer su accion indefinida? Comprobar la opinion que se emita, sacando conclusiones de casos pr谩cticos.

La vacuna descubierta al fin del siglo pasado, fué ensayada por Jenner, que publicó los resultados en el a帽o 1798. Apenas fué conocida esta publi-

cacion, cuando se estendió con la mayor rapidéz el benéfico medio que anunciaba por toda Europa. Los gobiernos lo tomaron á porfia bajo su proteccion; formáronse sociedades sábias; multiplicáronse las asociaciones para hacerle conocer y repartirle; se siguieron todos los movimientos, todas las faces; se patentizaron los efectos publicándolos en los periódicos, en relaciones particulares; numerosos médicos se asociaron á estos trabajos, se dedicaron entonces como ahora á la propagacion de este poderoso medio profiláctico: añadieron sus observaciones á las ya conocidas, y los resultados de todos estos documentos y de todas estas publicaciones confirmaron mas y mas los primeros asertos emitidos sobre las preciosas ventajas de la vacuna, y sobre la inmunidad, que prometia á los vacunados.

Se vió entonces á todos estos observadores y á todos los médicos, que se habian dedicado con tanto celo á la propagacion de la vacuna, cediendo á la evidencia de los hechos, reunir su testimonio á los de Jenner y de sus primeros discípulos, reconocer con ellos la accion bienhechora de la vacuna, rendir homenaje á la virtud de este escelente medió, declararle el solo eficaz, el solo capaz de oponerse á los estragos de la viruela y de sustraer completamente y para siempre la economia á las influencias deletéreas de esta funesta enfermedad.

Tal fué la opinion generalmente adoptada en estos primeros tiempos y no podia menos de ser así; numerosos y concluyentes hechos, observaciones de diversa naturaleza se acumulaban de todas partes, y demostraban mas y mas la evidencia de esta primera opinion; en efecto é independientemente de los casos prácticos resultantes de numerosas vacunaciones operadas en diferentes partes de Europa, se vió entonces á los vacunados esponerse impunementé en las epidemias mas mortíferas; mezclarse con los variolosos, encerrarse en los mismos aposentos, acostarse en las mismas camas, dejarse inocular la misma viruela, y todos salian sin el ménor detrimento de esta temible prueba; y si alguna vez se hicieron notar algunas escepciones, si se encontró de tarde en tarde algun vacunado, que no fué absolutamente insensible á la viruela, fueron tan raros los egemplos, que apenas igualaron las recidivas de viruela, y esta comparacion, confirmando la opinion emitida al principio, impuso silencio á los que trataron de dár valor á las escepciones para debilitar la regla.

Sin embargo, las escepciones, rarísimas en un principio, se multiplicaron á medida que se alejaba la época del descubrimiento; los casos de viruela despues de la vacunacion se hicieron mas y mas numerosos, y se observó que se manifestaban con preferencia en las personas cuya insercion vacu-nosa remontaba á un mayor número de años.

Estas invasiones inesperadas y frecuentes, que se renovaron todos los

años, mas principalmente en tiempo de epidemia, vinieron á turbar la confianza ilimitada, que sobre la fé de los primeros vacunadores se habia puesto en la vacuna. Se comprendió que Jenner y sus discipulos habian presumido demasiado de la eficacia de la vacuna cuando la acordaron una accion absoluta; y que estos primeros observadores sin esperar á que la esperiencia á la cual nada puede suplir, les hubiera permitido fijar sólidamente su opinion, decidiendo que la vacuna debia preservar indefinidamente, porque preservaba durante uno, dos, tres ó cuatro años, habian sido arrastrados por un entusiasmo muy natural, estando en cierto modo justificados sus juicios por la viva impresion que debieron probar, en presencia de los resultados tan felices, que obtuvieron de sus primeros ensayos.

Estos errores, muy perdonables entonces, no podrian justificarse hoy dia, cuando una larga esperiencia y numerosos y positivos hechos han venido á destruir ó á lo menos á debilitar la confianza sin límites, que en los primeros años de este siglo, se habia puesto en el poder de la vacuna. Lo que estos médicos hicieron entonces atribuyéndola una accion indefinida, sin duda lo hubiéramos hecho nosotros puestos en su lugar; y ellos probablemente obrarian como nosotros colocados en el nuestro. Les han faltado los frutos de una larga esperiencia, nosotros tenemos la ventaja de poseerlos; son positivos, numerosos, incontestables, y de su esposicion como asimismo de las consecuencias que se sacarán, resultará, asi lo espero, la solucion de una cuestion, á la par que delicada, de un grande interés, cual es la de la eficacia de la vacuna y de la duracion de su accion.

Si desde el año 1820, nos remontamos á los primeros años del descubrimiento de la vacuna, se encuentra, que durante este largo período de mas de veinte años y á pesar de las oposiciones vivas y apasionadas, la vacuna se repartió con bastante rapidéz en casi todas las comarcas de Europa, y en todas las partes en que este benéfico medio fué introducido las poblaciones fueron generalmente preservadas de la viruela; si algunos casos de esta enfermedad se manifestaron entonces en individuos que habian sido vacunados, no fueron ni bastante numerosos ni bastante bien probados para entibiar el celo de los médicos; no se vió en el desarrollo de estas raras apariciones mas que el resultado de alguna imperfeccion ó falta de cuidado ó de método en la aplicacion del preservativo, y no vicios reales en la vacuna, que algunos espíritus contrarios á la práctica de este medio, querian atribuirle.

Por otra parte estos hechos no fueron jamás bien probados: ya lo hemos dicho antes; no se puso en el exámen, que se hizo, ni el cuidado ni la exactitud necesarias, y los juicios que emanaron se resintieron algunas veces de las diversas pasiones, que la introduccion de la vacuna habia desar-

rollado. Si por algunos fué considerada la vacuna como dañosa en un principio y en seguida sin influencia para impedir la viruela, otros y en mayor número declararon esta última enfermedad imposible despues de la vacunacion; tanta confianza tenian en la accion poderosa y absoluta de la vacuna. Si la negaron algunas veces esta virtud eminente, de la cual la habian dotado ellos mismos á ejemplo de los primeros vacunadores, fué cuando en presencia de algunos casos raros de viruela, que observaron, no creyeron deber atribuir á la vacuna mayor poder que á la misma viruela; y así como está probado, que esta última enfermedad se manifiesta por segunda vez entre algunas personas, podia tambien declararse algunas veces entre los vacunados.

En fin, muchos médicos no vieron en la afeccion variólica, que atacaba á los vacunados mas que una variolóide ligera y sin consecuencias, afeccion modificada, aminorada por la influencia bienhechora de la vacuna.

Tales fueron hasta el año 1816 las diversas opiniones emitidas sobre los efectos de la vacuna: se ve que hasta esta época todas se resintieron mas ó menos del estado apasionado y prevenido de los ánimos, que rehusando generalmente el exámen concienzudo de los hechos y una justa apreciacion de sus resultados, se negaron casi siempre tambien á divulgarlos por temor de arruinar la propagacion de un medio, cuya introduccion en la poblacion no se habia verificado siempre sin trabajo, á pesar de haber sido tan favorable su aplicacion. Asi es, que se disimulaban mucho antes de la época de que se va á tratar todos los casos, aunque muy raros, de viruela entre los vacunados y cuyo primer ejemplo no fué señalado hasta en 1811; y casi al mismo tiempo el antiguo comité de vacunacion fundado en Paris refiriendo en sus informes anuales la historia de muchas epidemias de viruela en Burdeos, en Marsella, en Lyon y en el Franco-Condado, dice: que entre las personas que habian sido atacadas se encuentran muchos vacunados, mas que solo habian tenido la variolóide.

Todos estos motivos dan la esplicacion de la falta de casos de viruela entre los vacunados antes del año 1816; solamente en una época posterior, y cuando se adquirió la certeza, que la vacuna era generalmente aceptada y que nada podia debilitar la confianza que se habia puesto en este escelente medio, que los médicos libres entonces de todo temor se decidieron á publicar los hechos, que habian observado, y al romper su silencio se creyeron obligados á esplicar los motivos por los cuales no habian dicho nada; así es que uno de ellos, el Dr. Pelletan de Paris, publicando en 1822 en un periódico de medicina muy acreditado uno de los primeros casos de que habia sido testigo, se espresa de la manera siguiente. «Cuando la vacuna era para la Francia un beneficio nuevo, y sufría aun la violenta ope-

sicion y porfiada resistencia que producen los intereses comprimidos y rutinas acreditadas; cuando el gobierno tenia necesidad de todos sus recursos y de toda su influencia para propagar su uso, hubiera sin duda sido impolitico y tambien dañoso al bien de la humanidad publicar los casos y observaciones en que esta inoculacion preciosa habia faltado. El médico prudente debia guardar para sí ó comunicar solamente á algunos comprofesores estas observaciones. Un solo caso de viruela despues de la vacuna bien probado, podia privar á miles de familias del beneficio de esta operacion, dando una base y un apoyo á los esfuerzos de una peligrosa resistencia; tan verdad es, que la verdad misma debe ser ofrecida á los hombres con prudencia, y que el vulgo es por lo regular muy mal juez de lo que le conviene.»

«Hoy dia, que la propiedad de que goza la vacuna de preservar de la viruela; que la benignidad de la primera comparada con los peligros de la segunda son hechos bien probados por una larga esperiencia; que la generacion actual goza ya de este grande beneficio; que la poblacion se ha aumentado con las victimas arrancadas á un azote destructor; que nuestra juventud no presenta ya ni esas señales profundas ni esas horribles deformidades, de las que no libraba siempre la misma inoculacion de la viruela, Indicaremos un ejemplo patente de viruela sobrevenido á un sugeto vacunado en las condiciones mas favorables.»

He aquí este ejemplo tal como se encuentra consignado en el periódico antes citado y que creo deber reproducir íntegramente en interés de la cuestion que nos ocupa; mas antes de referirlo, será bueno observar, que la manera con que se anuncia su publicacion, nos esplica, como acabo de decirlo, el verdadero motivo del silencio guardado hasta entonces sobre la mayor parte de los casos de viruela, recayentes en personas vacunadas.

«Mr. Touret, de edad de veinte y nueve años, estudiante de medicina é hijo del que fué por tanto tiempo y con tanto honor decano de la facultad de medicina de Paris, fué vacunado en su infancia bajo la vigilancia de su padre y por Mr. Prasson; los ilustrados desvelos de su padre y la grande esperiencia del vacunador, no dejan admitir ninguna duda sobre la naturaleza de la vacuna, la que siguió con la mayor regularidad su marcha ordinaria.

Este jóven ha presentado en el mes de Enero último (1822), una viruela en plena erupcion; su cuerpo, pies y manos estaban cubiertos de botones bastante pequeños, pero muy numerosos, por manera que sus bases se reunian en muchos puntos, algunos de estos botones cuyo carácter no era equívoco, estaban deprimidos en su centro; la fiebre precedió mucho

días á la erupcion, que no se verificó sin accidentes; hubo delirio durante dos dias y dos noches; se aplicaron sanguijuelas y la marcha de la enfermedad continuó de la manera mas satisfactoria.

El profesor Fouquier investido desde mucho tiempo de la confianza de la familia, ha dirigido el tratamiento en union con el Profesor Desgenettes, y este último tuvo la bondad de conducirme á ver á su sobrino, con el fin de que pudiese hablar con conocimiento de causa. Esta afeccion escepcional es tanto mas interesante, cuanto que recayendo en un jóven, que ha sido visitado por los mas distinguidos profesores, ha podido ser muy bien observada.»

La reflexion que termina esta observacion, á la cual nada falta, ni exactitud, ni autenticidad, ni buena fé, y los comentarios siguientes del mismo autor, al mismo tiempo que nos dan á conocer, que los hechos de que se trata, eran entonces ignorados ó habian sido muy raros, nos dan una idea bastante exacta de la opinion, que se tenia en estos tiempos de la eficacia de la vacuna, á la cual se daba tanta fuerza ó se le atribuía una accion tan poderosa como á la misma viruela. He aquí lo que añade Mr. Pelletan: «que un acontecimiento tan raro como es la viruela despues de la vacunacion, y que nunca ha podido ser bien probado hasta el presente, de ninguna manera destruye la importancia y la verdad general de la facultad preservativa de la vacuna; que siendo algunas veces la misma viruela susceptible de recidiva, no se ha de estrañar, que un preservativo absoluto para los casos ordinarios, deje de serlo para sugetos, que sin él, hubieran sido susceptibles de esta recidiva.

Mr. Lupan, redactor de la *Revista médica* francesa y estrangera, en cuyo periódico se encuentra consignada la observacion, que acabo de referir, temiendo sin duda, que de la publicidad dada á esta observacion no resultase descrédito para la vacuna, publicó en el mismo artículo la siguiente observacion, cuyo fin evidente fué destruir, ó á lo menos atenuar el mal efecto, que la anterior publicacion hubiera podido producir.

« Para formar en cierto modo el contra á la interesante observacion de Mr. Pelletan, podemos citar, dice Mr. Lupan, un extracto de la correspondencia del comité central de vacunacion, recientemente comunicado por el Dr. François. Si el primer caso consagra una escepcion, que es útil conocer, el nuestro mostrará á qué peligros se esponen los padres que no recurren á este preservativo.

Una madre de cuatro hijos, habitante en una aldea cerca de Cheburgo, hizo vacunar á dos de sus hijos y al cabo de ocho dias vacunó ella misma á los otros dos. La viruela se declaró poco tiempo despues en la aldea, todos los niños fueron atacados á escepcion de los cuatro vacunados, y mu-

chos murieron. Las mugeres, que se habian burlado de la sábia precaucion de la madre de los cuatro niños, despechadas de ver, que no tenian novedad, tuvieron la ruindad de atraerlos á sus casas varias veces, untarles el cuerpo con el pus variólico, y hacerles comer los restos del alimento de sus hijos; estas tentativas no tuvieron ningun resultado. Todas estas mugeres convencidas entonces del efecto preservativo de la vacuna, manifestaron lo pesarosas que estaban de no haber seguido el egemplo de su vecina, y se acusaron á sí mismas de lo que habian hecho para comunicar la viruela á los cuatro vacunados.»

Esta última observacion, que cito con gusto, confirma lo que he dicho al principio, de las pruebas á que se sometian entonces los vacunados en tiempos de epidemia, y de los cuales salian sin la menor novedad; y esto se concibe fácilmente, si como en la observacion precedente los sugetos sometidos á estas pruebas, hacia poco tiempo que estaban vacunados. La vacuna entonces en toda su fuerza poseia aun todas las cualidades y plenitud de su accion profiláctica, que veremos perder á medida, que los sugetos vacunados se alejarán de la época en que fueron puestos en posesion de este benéfico medio; mas no nos anticipemos, y continuemos el exámen de los casos de viruela despues de la vacunacion.

En el periódico de medicina ya citado, se encuentra la relacion de una epidemia de viruela, que se observó en 1821 en muchas comarcas del departamento de la Gironda; se notaron doce casos de viruela en vacunados; que por los mismos motivos, que acabo de espresar, se mencionan con cierta reserva, y cuyo número se ha tratado de disminuir, en consideracion á la dificultad y aun imposibilidad en que se han encontrado los médicos, que los han observado, de averiguar si era de buena calidad la vacuna de los sugetos que fueron atacados de la viruela.

Si, sin guardar el órden cronológico, averiguamos lo que ha pasado en el extranjero, en Italia por egemplo, encontraremos en un catálogo publicado en 1822, que en el Piamonte, de seiscientos sesenta y nueve individuos atacados de viruela desde el año 1809 hasta el año 1815, época bastante aproximada á la introduccion de la vacuna, habian sido vacunados veinte y cinco; encontraremos aun en un segundo catálogo, que de seiscientos ocho individuos atacados de viruela desde el año 1818 hasta el año 1822, periodo mas lejano del descubrimiento de la vacuna, ciento treinta y seis individuos habian sido vacunados; estos casos recogidos durante los años 1809, 1810, 1811, 1814 y 1815 por lo que concierne al primer catálogo, y durante los años 1818, 1819, 1820, 1821 y 1822 por lo que concierne al segundo catálogo no fueron publicados hasta en 1822, cuando los casos de viruela despues de la vacuna principiaban á ser divulgados, y que

no habia tanto temor de desacreditar la vacuna ó que á lo menos se creia deber prescindir de todas las consideraciones, con el fin de despertar la atencion de los médicos sobre hechos, que de cada día se hacian mas numerosos.

Sea lo que fuere, el resultado de estos dos catálogos, manifiesta como ya lo he dicho, que el número de personas atacadas ha aumentado progresivamente cada año, á medida que ha transcurrido mas tiempo de la época en que fué practicada la inoculacion vacunosa, y esta asercion está plenamente justificada por un tercer catálogo, que acompaña á los dos precedentes y en el cual se encuentra que de 136 vacunados atacados de viruela pertenecientes al segundo catálogo, 21 habian sido vacunados desde diez á quince años, y 111 desde diez y siete á veinte y siete años y aun mas.

Se ve aun en un catálogo publicado en los periódicos ingleses de la misma época año 1822, que de 161 casos de viruela despues de la vacuna observados en un hospital de Londres recayentes en personas de esta ciudad ó de los pueblos de su alrededor, pero particularmente de estas últimas, cuatro fueron observados en el año 1809, cinco en 1810, seis en 1811, seis en 1813, cuatro en 1814, nueve en 1818, diez y siete en 1819, veinte y cinco en 1820, veinte y ocho en 1821, y cincuenta y siete en 1822. Siempre la misma progresion en los casos de viruela en vacunados, y tambien unanimidad en la opinion emitida por los autores de estos catálogos; ninguna duda, ninguna perplegidad en el diagnóstico de estas enfermedades, son siempre viruelas, no se mencionan varioloides ni varicelas.

Se lee en los anales literarios de la medicina una nota del Dr. Otto de Copenhague sobre las epidemias de viruela, que reinaron en Dinamarca en 1824, que de cincuenta y tres personas atacadas de viruela y tratadas en el hospital de la misma ciudad durante los meses de Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre de 1824, treinta y cinco habian sido vacunados y uno de estos enfermos habia ya tenido la viruela otra vez en su juventud; que en este último como en muchos de los vacunados la enfermedad fué bastante benigna, pudiéndose calificar de viruela modificada; que al principio del año siguiente en los meses de Enero y Febrero de 1821, la epidemia que parecia concluida, reapareció y reinó en un cuartel de Copenhague, que habia enteramente respetado hasta entonces; que de veintinueve variolosos nuevos, veintitres eran vacunados; que la enfermedad se presentó en estos últimos con las mismas condiciones que en los de los meses precedentes, y que ninguno de los vacunados sucumbió, y que en Stocolmo de cuarenta y nueve enfermos atacados de viruela, murieron siete, mas no perteneció á estos últimos ninguno de los que habian sido vacunados.

En presencia de estos hechos, el autor de esta nota se pregunta á sí mismo, si la influencia de la vacuna no será mas que temporal, confiesa

la imposibilidad en que se encuentra de resolver esta cuestion en el estado actual de la ciencia, y añade que el Dr. Plaff dice haber observado que los sujetos vacunados desde mucho tiempo eran solo los atacados del contagio variólico.

Los casos de viruela en vacunados eran tan poco mencionados en Francia que en 1823 en una relacion sobre las vacunaciones practicadas en 1820 presentada al Ministro del Interior por el comité central de vacuna establecido en Paris, no se hace mencion de erupciones variólicas. Se habla mucho de los esfuerzos multiplicados, que se hacian entonces para la propagacion de la vacuna; de los efectos y resultados obtenidos con el uso de este medio; de las numerosas pruebas á que se sometian los vacunados, principalmente en tiempos de epidemia, con el fin de demostrar el poder de la vacuna y cuyos resultados parecian fijar efectivamente su accion profiláctica; de la revacunacion en fin que se practicaba con el mismo fin en algunas personas, dos, tres y cuatro años despues de la primera vacunacion, y en las cuales esta nueva operacion, así como todas las otras pruebas, quedaba sin efecto de donde se concluía mas y mas el poder de la vacuna; empero no se habla ni una sola palabra de la viruela recayente en personas vacunadas.

Sin embargo, no se habia llegado á esta época, como ya lo hemos dicho, sin haber presenciado, ó á lo menos haber oido hablar de algunos de estos casos, y este silencio no estribaba mas que en el interés, que se tenia en no herir la vacuna que hubiera podido en contra de sus progresos rehusando los beneficios de la misma, al momento que se hubieran hecho cuestionables. Estos temores, fundados en tan justos motivos, fueron generalmente bien apreciados mientras que las viruelas despues de la vacunacion fueron raras y no se mostraron sino á largos intervalos; pero á medida que estas erupciones se multiplicaron, fué mas difícil guardar silencio sobre hechos de cada dia mas numerosos; pues estas enfermedades que hasta el año 1816 no se habian manifestado en Francia sino en algunas localidades, se hicieron mas frecuentes á medida que se alejaba de esta última época. En efecto, solo despues del año 1816 se principió á observar, que el número de estas erupciones aumentaba progresivamente, y en el año 1823 se quejaban en Paris particularmente de la multiplicidad de estas enfermedades. Sin embargo, hasta dos años despues en 1825 en una sesion de la Academia de Medicina no se rompió el silencio; habiéndose leído el informe sobre las vacunaciones practicadas en Francia durante el año 1824, informe que dirige todos los años esta Academia al Ministro del Interior, se suscitó una discusion bastante viva por la omision de ciertos hechos relativos al desarrollo de la viruela despues de la vacuna, que este informe debía mencionar, segun se habia decidido en una de las sesiones precedentes á propuesta de uno de sus miembros Mr. Bielans.

Esta obstinacion en querer ocultar hechos cuya existencia principiaba á no ser ya un secreto , revela mas y mas el empeño que tenia la Academia en dejar que se ignorasen cosas, cuyo conocimiento hubiera podido perjudicar á la vacuna y arruinar la propagacion de este precioso medio , que durante tanto tiempo habia costado tantas penas de hacerlo adoptar á las poblaciones, y cuya práctica habia producido tan benéficos resultados.

Habia llegado el momento en que los motivos de este silencio muy loable sin duda, que yo me guardaré de desaprobare, y que yo mismo hubiera guardado si me hubiera encontrado en estas circunstancias, no podian tomarse ya en consideracion. La vacuna, aceptada generalmente en todas partes como un beneficio y hasta como una necesidad, no podia sufrir mucho por la publicidad de algunos hechos que le eran contrarios; ademas, sacando á la luz de la discusion todos los hechos ya conocidos, era el verdadero medio de profundizar la causa, de buscar el remedio, de encontrarle quizás y de volver algun dia á la vacuna todo el poder de que habia sido dotada al principio. Esto es lo que fué comprendido muy bien por algunos miembros, por los señores Istard, Guersent, Baron, Girardin y algunos otros, que provocaron esta cuestion en la sesion del 20 de Setiembre de 1825, y pidieron su exámen; mas se les contestó, que era inútil y que podia ser hasta peligroso el ocuparse de la solucion de esta cuestion; ademas que los hechos puestos en conocimiento de la Academia no habian parecido suficientes para decidir, que se habia padecido equivocacion durante veinte años.

Sin embargo, estos casos de verdadera viruela, en vacunados, que se creian insuficientes y en los cuales no se queria creer en Paris ó no se querian confesar, eran perfectamente conocidos en algunas naciones vecinas; y si en Francia los médicos se decian algunas veces al oido, que la vacuna no preservaba siempre de la viruela, en Inglaterra la misma opinion era proclamada públicamente hacia muchos años, y en un periódico de este pais se trataba de quimera la variolóide que los médicos de Paris se apresuraron admitir para conciliar los hechos recientes con la infalibilidad de la vacuna.

La viruela despues de la vacunacion era para muchos un hecho reconocido, un hecho consumado; solo faltaba darle publicidad, pero se huia de ello y la Academia se negaba á darle su sancion.

Así es que desde el año 1825 hasta el año 1827, á pesar de los casos numerosos de viruela en vacunados, que fueron anotados entre estas dos épocas y entre los cuales sobresalen los que fueron recogidos por los doctores Bouly de Paris, Berlan de Ceret (Pirineos Orientales), Bland de Beaucaire, Saint Moro de Milan, Ravin de Sta. Valery y por muchos otros médicos, que transmitieron sus observaciones á los periódicos ó á la academia de medicina, como lo atestiguan los informes de esta sabia corporacion de los años

1826 y 1827; á pesar de los comentarios con que muchos médicos acompañaban sus observaciones, y de los cuales resultaba, que los vacunados tenían tanta mas aptitud para contraer la viruela, cuanto mas tiempo pasaba de la época de su vacunacion; y que la mayor ó menor antigüedad de esta operacion influa sobre la naturaleza de la enfermedad variólica que se declaraba ordinariamente bajo la forma de viruela en los mas antiguos vacunados y bajo la forma de variolóide en los que lo estaban desde menos tiempo; y lo mismo que la viruela, la revacunacion que se habia ensayado en esta época se desarrollaba tanto mejor cuanto se practicaba en individuos vacunados desde más tiempo; que el virus procedente de una segunda vacunacion producía verdadera vacuna en los que aun no habian sido vacunados, en tanto que estas operaciones no producian ningun resultado ó producian resultados muy incompletos en los que estaban vacunados desde poco tiempo; á pesar de todos estos hechos, todas estas observaciones, todos estos comentarios, las cosas quedaron en el mismo estado; si se convenia en la exactitud de los hechos, no se les queria dar mas que una adhesion incompleta, porque no se queria dar un paso, que pudiera redundar en descrédito de la vacuna, y se consideraba la idea de una facultad preservativa decreciente como un medio peligroso que podria turbar la confianza de las familias, las cuales no viendo en la vacuna mas que un preservativo poco seguro y temporal, que seria preciso renovar en épocas aun indeterminadas, aumentarían indudablemente su indiferencia, que era ya muy grande entre el vulgo, indiferencia tan fatal á los descubrimientos útiles como la misma prevencion.

No se admitian sino con cierta reserva, tanto en la academia de medicina como en otras corporaciones, los casos de viruela recayentes en vacunados, y se estaba tan dispuesto á obrar asi, cuanto que á los casos bien probados, pero bastante raros de viruela, se juntaban casos dudosos en mucho mayor número y muchas observaciones positivas y contrarias á los hechos señalados hasta entonces, y que confirmaban la opinion generalmente admitida entonces respecto la infalibilidad de la vacuna. En vista de todos estos hechos y en presencia de algunos otros mas ó menos contradictorios, y de los cuales voy á ocuparme, la academia de medicina titubeaba siempre y no se apresuraba á dar su parecer.

En el año 1828 el Dr. Alban, médico en Constantinopla, escribió, que durante su residencia de 30 años en esta ciudad, habia vacunado mas de 60,000 personas de todos sexos y edades, y aseguraba bajo su palabra de honor, que ninguna de ellas habia sido despues atacada de viruela, aunque esta enfermedad reina casi todos los años en esta capital. Por otra parte, el médico del lazareto de Marsella Mr. Robert,

comunicando al Instituto algunas observaciones sobre la epidemia de viruela que habia reinado en 1828 en esta ciudad, anunció que muchos millares de vacunados habian tenido la viruela, que habia sido mortal para 45 de ellos, cuyo mayor número pertenecía á la edad adulta y habian tenido una vacuna regular; y en Enero de 1829 el Dr. Pagés, de Viana (Navarra), en una carta al Instituto hace mencion de una viruela que habia reinado en 1828 en este Canton y que habia atacado indiférentemente á los vacunados y no vacunados, y que él mismo habia sido uno de los atacados á pesar de haber sido cuidadosamente vacunado en su infancia.

Se encuentra en un informe de la academia de medicina sobre la vacunacion del año 1834, que en algunas epidemias de viruela que habian reinado ya en 1832, ya despues de esta época, vacunados y variolosos habian sido atacados de la viruela, y que en todos la enfermedad habia sido modificada de una manera ventajosa y sin ninguna terminacion funesta; que en los mismos años numerosas revacunaciones habian sido practicadas, que no habian servido en general mas que para probar la eficacia de la primera vacunacion, que aun cuando hubieran salido bien, su utilidad no estaba aun bastante demostrada para que la academia debiera recomendarla de una manera especial.

Sin embargo, las afecciones variólicas no se detenian; los hechos de esta naturaleza continuaban en ser observados todos los años, bien fuere bajo la forma de viruela, bien fuere bajo la forma de variólóide entre los vacunados despues del año 1835 hasta el año 1843; esta sucesion constante de los mismos hechos, así como los sucesos de las revacunaciones, produjeron una modificacion sensible en la opinion general. En efecto: se vió entonces que muchos que no habian creido en la existencia de la viruela despues de la vacuna, creyeron no deber persistir por mas tiempo en su idea, y sin rehusar á la vacuna las cualidades que siempre se la habian reconocido, se admitieron circunstancias y disposiciones individuales que influian poderosamente en las propiedades de la vacuna y reducian algunas veces su accion á límites mas ó menos absolutos. Así es que en 1843 el Dr. Werer de Rottembach, Rector de mérito de la facultad de medicina de Viena (Austria) anuncia, que la facultad que la vacuna tenia de proteger de una manera perfecta al hombre de todo ataque de viruela, no era mas que temporal; pero que como influia para que durante toda la duracion de la vida la viruela fuese mas benigna, la vacuna debia ser considerada como dotada de una fuerza protectora absoluta.

El año siguiente, en 1844, el Dr. Richelot dijo, que existian sugetos que en virtud de una disposicion ora hereditaria, ora adquirida, eran suscepti-

bles de contraer dos y aun tres veces la viruela; que en estos casos, debiendo sospechar el médico una igual disposicion, debia practicar sin titubear la revacunacion, siempre muy útil en epidemias de viruela, segun así opinaba el Dr. de Rottembach, que las aconsejaba en circunstancias semejantes.

El profesor Serres, miembro de la academia de ciencias de Paris, dando cuenta de diversas memorias dirigidas al Instituto en el trascurso del año 1845, despues de haber considerado como demostrado, que la viruela podia atacar individuos vacunados, añade no obstante que resultaba de la masa de los hechos observados, que la viruela que atacaba á las personas vacunadas era mucho menos intensa y mucho menos grave que la viruela natural; que la vacuna, hecha impotente para preservar de la viruela, conservaba sin embargo su influencia bienhechora en la viruela: que esta influencia se declaraba de una parte por la flojedad de los síntomas generales, y de otra parte por la minoracion simultánea de los síntomas locales ó de las pústulas; que de este doble concurso resultaba el menor peligro de la viruela en las personas vacunadas; que este hecho, ya conocido y puesto de manifiesto por numerosas observaciones, no dejaba ninguna duda que era una verdad adquirida á la ciencia y á la humanidad por millares de experiencias, que la vacuna suavizaba la viruela natural y la quitaba una gran parte de su gravedad; que no era como se habia creido hasta entonces un preservativo completo, pero era un preservativo contra el peligro de la viruela.

Podria aducir las numerosas opiniones que fueron emitidas entonces sobre el mismo asunto, mas como ellas no nos enseñarian mas que lo que ya sabemos, pasaré al exámen de los casos de viruela en vacunados que han sido observados en las diferentes epidemias que han reinado en Francia ó entre nuestros vecinos desde el año 1816.

En efecto, hasta el año 1816 no se manifestó en Francia la primera epidemia de viruela, en la que fueron observados casos de viruela en personas vacunadas; apareció en Montpellier; muchos vacunados (no se dice el número) fueron atacados de la enfermedad; el mayor número no tuvo mas que la varicela, otros muchos la viruela.

La segunda epidemia fue observada en Millan (Aveiron) en 1817; se manifestó como la de Montpellier bajo la doble forma de varicela y de viruela, y atacó á doscientos vacunados segun unos, y á ciento veinte segun otros.

En la primavera del año 1821, se declaró una epidemia de viruela en el departamento de la Gironda é hizo muchas víctimas, particularmente entre los no vacunados; algunos vacunados fueron atacados, muchos tuvieron la varicela, algunos la variolóide, y otros la viruela. Entre las señales de va-

cuna que presentaban estos enfermos, algunas eran bastante notables para no dudar que eran el resultado de la falsa vacuna.

En el mismo año 1821, se presentó una epidemia de viruela en Ceres (Creuse), siete vacunados fueron atacados de la viruela; habian sido vacunados hacia lo menos diez y ocho años. Otros ocho vacunados de menos tiempo tuvieron la variolóide. Se observó en esta epidemia un caso de recidiva de viruela.

Como ya lo hemos dicho mas arriba, en París se padeció tambien su epidemia de viruela; fue en 1825, atacó bastante número de vacunados. De quinientos ochenta y cuatro enfermos, que recibió el hospital de la Piedad, se observaron cincuenta y dos viruelas modificadas (variolóides) y cuarenta y siete varicelas; entre estos enfermos sesenta y seis habian sido vacunados con suceso, no hubo mortalidad entre estos últimos, al paso que pereció uno por cada cinco entre los no vacunados. Los enfermos recibidos en el Hotel-Dieu, fueron en mayor número. Los vacunados atacados fueron bastantes, pero en estos últimos se manifestó la enfermedad bajo una forma benigna en general. Se observaron muchas viruelas confluentes; y algunas terminaron por la muerte. Esta epidemia fue mas grave que en la Piedad; hizo perecer la cuarta parte de los enfermos.

Otra epidemia de viruela se declaró en la La-Voutte (Ardache) en 1825; reinó como en Millan bajo la doble forma de viruela y varicela; cuarenta y cinco vacunados fueron atacados; treinta de ellos tuvieron la viruela y quince la varicela.

Durante el mismo año 1825 se manifestó una epidemia de viruela en Beaucaire (Gard), atacó veinte vacunados de ciento ochenta enfermos, ninguno sucumbió.

La epidemia de viruela que se declaró en el Alto Rhin durante los años 1825 y 1826 atacó á dos mil cuatrocientos sesenta y una personas; de las cuales trescientas noventa y una estaban vacunadas, perecieron nueve enfermos de estos últimos, de los cuales seis sucumbieron á consecuencia de una grave complicacion.

Durante el año 1826 la epidemia de Mous-Marsan (Laudes) no atacó mas que á dos ó tres vacunados.

En el mismo año 1826 la epidemia de Saint-Poul de Lyon fue mas grave y mas mortifera; hizo perecer á doscientas ochenta y cinco personas en menos de cinco meses en un pueblo de seis mil doscientos veinticinco habitantes. Reinó bajo la triple forma de viruela, variolóide y varicela. La epidemia atacó un grandísimo número de vacunados que, salvo dos ó tres escepciones, no tuvieron mas que la variolóide.

La epidemia de viruelas que se declaró en 1827 en la escuela de caba-

llería de Saumur cuyos alumnos todos habian sido vacunados, dejó observar once erupciones variólicas, á saber: tres viruelas confluentes de las cuales una fue mortal, dos viruelas discretas, una de ellas con recidiva, una variolóide y cinco varicelas.

La epidemia de Marsella que apareció en 1829 y de la que ya hemos hablado, fue muy violenta. Viejos de mas de 70 años, que jamás habian tenido esta enfermedad, fueron atacados y muchos sucumbieron; otros fueron atacados por segunda vez de esta cruel enfermedad; vacunados en considerable número lo fueron tambien invadidos, y de cuatro mil doscientos cincuenta de estos últimos, que fueron atacados, sucumbieron cuarenta y cinco.

La epidemia que reinó en Digne y en Riez durante el mismo año 1829, atacó á seiscientas sesenta y cuatro personas, de las cuales estaban vacunadas cuatrocientas setenta, y murió solo una de ellas; siendo así que se contaron noventa y un difuntos de los ciento sesenta y dos no vacunados; y tres defunciones recayeron en sugetos que habian sido atacados por segunda vez de la viruela.

Durante los años 1828 y 1829, la viruela reinó epidémicamente en Ille (Pirineos Orientales) y atacó durante el curso de la primera mitad de este año á muchos vacunados; el año siguiente se observaron variolóides en sugetos vacunados, y se notó que la erupcion que se declaraba en estos últimos era tanto mas abundante cuanto la vacunacion databa de mas lejos, y que la erupcion que sobrevenia entonces era tan semejante á la viruela, que solamente un médico experimentado podria distinguir la una de la otra.

En la viruela que se declaró en Beaugeney en 1832 se señalaron once casos de viruela despues de la vacuna, de los cuales nueve eran discretas, dos confluentes y una viruela de recidiva.

Al año siguiente en Estrasburgo de cuatrocientas diez y siete personas atacadas de la viruela se señalaron ochenta y ocho vacunados, estos no tuvieron en general mas que la variolóide ó una viruela discreta muy benigna, no obstante se notaron entre ellos muchas viruelas verdaderas é intensas que dejaron cicatrices muy visibles, y ocasionaron un difunto.

En la epidemia que se manifestó en París durante el año 1834, un médico visitó diez y ocho variólicos; entre los cuales se encontraban cinco vacunados que llevaban las señales en sus brazos, uno de estos últimos estuvo enfermo de mucho peligro, pero no murió. El mismo médico añade que llegó á su conocimiento que una señora, embarazada de cinco meses, y cuya vacuna habia sido muy buena, sucumbió al octavo dia de la viruela.

En Bolber, en 1838, la viruela atacó trescientas setenta y una personas, de las cuales sesenta y nueve eran vacunadas y diez habian padecido la viruela. La mayor parte de los vacunados tuvieron la viruela discreta, algu-

nos la tuvieron confluyente; todos tenían cicatrices de una buena vacuna; solamente uno sucumbió.

En la epidemia de viruela que reinó en Cette (Herauld) en 1838, cincuenta y un vacunados fueron atacados de la viruela, de la cual solo sucumbió uno de 38 años. Entre estas personas se encontraba una señora inglesa de nacimiento que había sido vacunada por mano de Juan Jenner, bajo la vigilancia de su tío Eduardo Jenner, á quien debemos la vacuna.

Una epidemia de viruela se mostró en Dijon (Cote d'or) durante los años 1838 y 1839 atacó cuarenta y nueve personas, de las cuales había un tercio de vacunados, que la mayor parte no tuvieron mas que la variolóide. La mortalidad fue nula en los mismos.

Personas de 15 á 40 años, aunque bien vacunadas, fueron invadidas de la viruela durante la epidemia de Clermont (Pont de Dome) en 1838, y entre los sugetos atacados de la enfermedad y que fueron sometidos á la observacion de un médico, veintitres habian sido vacunados con buen resultado por él hacia 15 ó 20 años, y se había asegurado de ello en una segunda visita y por un exámen muy atento.

En el rádió de Montauban cuatro municipalidades fueron invadidas por una epidemia de viruela, que reinó desde el mes de Setiembre de 1838 hasta el mes de Mayo de 1839. Noventa y un sugetos, de los cuales cuarenta y ocho vacunados, fueron atacados. En Montauban, donde la epidemia se manifestó tambien en la misma época, se observaron treinta y siete viruelas despues de la vacuna; en fin, en otra municipalidad del mismo departamento, se observó la viruela en diez y ocho personas bien vacunadas.

La epidemia de viruela, que apareció en Nantes en 1839, tuvo consecuencias muy graves. De trescientas sesenta personas no vacunadas invadidas por la epidemia, cuarenta murieron y treinta quedaron desfiguradas; y de treinta y dos personas vacunadas atacadas de la viruela seis sucumbieron. No hubo mas que dos recidivas de viruela. La variolóide que se declaró en otras treinta y cuatro personas, entre las cuales se encontraban veinticinco vacunados, atacó á dos personas que habian tenido ya la viruela, y siete que no habian tenido ni la una ni la otra. Se observó que los sugetos vacunados de edad de 20 á 30 años fueron atacados con predileccion por la viruela.

Diez sugetos vacunados desde los primeros meses de su existencia, de los cuales nueve eran de edad de mas de 11 años y uno de 25, fueron atacados de viruela en la epidemia que se declaró en 1839, en la Institucion de sordomudos de Paris.

En Chalais, en 1840, diez y siete personas vacunadas de cuarenta y un variólicos, de los cuales tres fueron atacados por recidiva. De este número

hubo cinco defunciones, cuatro entre los no vacunados y uno entre los variólicos con recidiva. De los vacunados nueve tenían menos de 20 años y ocho habían pasado de esta edad; el mas joven entre los primeros tenía 14 años y el de mas edad de todos 33. La enfermedad fue bastante grave en los vacunados, confluyente en nueve de ellos, seis conservaron señales.

En la epidemia de Castellene, que duró desde el mes de Mayo de 1840 hasta el mes de Febrero de 1841 hubo ciento cincuenta enfermos y quince difuntos. De estos ciento cincuenta enfermos ochenta tuvieron la viruela, diez y seis la variolóide, y cincuenta y cuatro la varicela; veinte habían sido vacunados, de los cuales cuatro tuvieron la viruela y diez y seis la varicela; la edad de estos últimos variaba de nueve á treinta y seis años.

En una relacion de los enfermos atacados de viruela tratados en el Hotel-Dieu de Paris por Mr. Chomel desde el año 1836 hasta el año 1841 se encuentra que de noventa y cuatro variólicos resultan cuarenta y cuatro vacunados, cuatro variólicos por recidiva y ocho defunciones, una entre los vacunados y una entre los variólicos por recidiva.

La epidemia de Wasselerme que se declaró en 1839 y 1840, afectó á cerca de ciento cuarenta personas, entre las cuales se contaron sesenta y siete vacunados y cuatro variolosos. Todos los vacunados fueron atacados de variolóide, y casi todos eran de 16 á 27 años.

La epidemia de Lons le Sauluier en 1841 atacó á ciento y una personas, de las cuales treinta eran vacunadas, entre ellas once tuvieron variolóide muy intensa, y nueve la viruela; no hubo mas que un difunto entre estos últimos.

Diez y seis personas que estaban vacunadas ya mas de diez y seis años fueron atacadas de viruela en la epidemia que reinó en Quimpulón en 1841.

Si á estos diversos resultados sacados de los hechos observados en las numerosas epidemias de las que acabo de dar algunos detalles se añaden los que han sido observados y recogidos en las epidemias de viruela que han aparecido en diversas épocas en los países vecinos, encontramos, que en Inglaterra en una epidemia que asoló la Escocia en 1818, se justificó que de ochocientas treinta y seis personas atacadas de viruela habia cuatrocientos ochenta y cuatro vacunados y setenta y un variólicos por recidiva; cuatro murieron entre los vacunados y tres entre los variólicos. Observamos además que en Copenhague (Dinamarca), durante los años 1824, 1825 y 1826, de novecientos ochenta y ocho variólicos, habia seiscientos cincuenta y nueve vacunados, y cincuenta y tres variólicos por recidiva; que de los seiscientos cincuenta y nueve vacunados, cuarenta y seis tuvieron la viruela ordinaria, de los cuales perecieron cinco; que en 1832 y en 1834, en la misma ciudad, de mil ochocientos y cinco variólicos que fueron admitidos en el

hospital, ochocientos noventa y ocho habian sido vacunados, muriendo veinte de ellos; que no se vió ningun caso de viruela verdadera en sugetos vacunados que tuviesen menos de 14 años, ninguna viruela mortal en sugetos de menos de 23 años y ninguna viruela en revacunados.

Que en 1835, tambien en Copenhague, de mil ochocientos noventa y siete variolosos hubo mil cuarenta y tres vacunados, y cuarenta y siete difuntos entre estos últimos.

Que en Wurtemberg los casos de viruela observados en las epidemias que reinaron en este pais desde Julio de 1831 á Junio de 1836, se elevaron al número de seiscientos treinta y cuatro; de ellos cuarenta y siete de personas con buenas señales de vacuna, treinta y nueve cuyas señales eran dudosas y treinta y nueve variolosos por recidiva. Que en el mismo trascurso de tiempo los casos de variolóides fueron mil cuarenta y tres; de los cuales setecientos setenta y siete en individuos con señales evidentes de vacuna, ciento dos con dudosas y diez y ocho variolosos.

Que en Milan, los variolosos que fueron recibidos en el hospital desde el 13 de Abril de 1825 al 7 de Enero de 1826, fueron en número de ciento treinta y siete, entre los cuales se contaron sesenta y ocho vacunados y cuatro variolosos por recidiva, sucumbiendo uno de estos últimos. De los sesenta y ocho vacunados, cincuenta y cuatro lo eran de 12 á 24 años.

Que en Malta, en 1830, tres mil ciento ochenta personas fueron atacadas de la viruela, y que de este número habia mil veintiocho variolosos por recidiva. Que los enfermos que no habian sido vacunados en número de dos mil ciento cuatro perdieron trescientos veinticinco, al paso que los vacunados no perdieron mas que cincuenta y seis y los variolosos cinco.

Que la epidemia que reinó en la misma ciudad en 1838 fue menos estensa, pero mas desastrosa; que atacó sin embargo mil ochocientas personas, entre las cuales trescientas ochenta y tres eran vacunadas, perdiéndose cuarenta y dos, en tanto que de los no vacunados se perdieron quinientos diez y nueve, mas de un tercio. Se observaron muchas recidivas de viruela.

Que en Turin, en 1829, el número de los variolosos no vacunados se elevó á cuatro mil doscientos treinta y cinco, de los cuales perecieron setecientos ochenta y cinco; que el número de los vacunados fue de cincuenta y siete, el de los variolosos por recidiva de ciento cincuenta, que estos tuvieron nueve difuntos y los vacunados cinco.

Que la epidemia que reinó en Milan en 1831 atacó seiscientos catorce vacunados entre setecientos cuarenta y ocho variolosos.

Que en Marengo, durante el año 1832, hubo trescientos individuos ata-

cados, la mayor parte de variolóide, y cuyo mayor número era de vacunados.

Que en Chesne, en Suiza, en una epidemia que se declaró en 1832, de trescientos y un variolosos se contaron ciento seis vacunados.

Que en fin, en la epidemia de viruela que apareció en Génova en 1832, se anotaron cuatrocientos sesenta y ocho casos de viruela, de los cuales ciento treinta y uno de vacunados y cuatro de variolosos.

Despues de todos estos hechos observados en Francia y en las naciones vecinas, en los que se ha visto abundan tanto los casos de viruela en vacunados, voy á hablar de los que he sido testigo en el curso de mi larga práctica, práctica de mas de treinta años, durante la cual hice mas de treinta mil inoculaciones de vacuna; pero antes de entrar en detalles diré, que lo que se ha deducido de los hechos observados hasta hoy es que tanto en los primeros tiempos como ahora, la vacuna protege indistintamente á todos los vacunados en sus erupciones; que se resiste tanto mejor á los estragos de la viruela cuanto de menos tiempo data la vacunacion; que en esta última circunstancia no solamente se muestran los vacunados rebeldes á los ataques de viruela, sino que tambien se presentan refractários á las mismas inoculaciones variólicas y á las numerosas á que se les ha sujetado, como ya lo he dicho para probar el poder de la vacuna. Esto esplica por qué en los primeros tiempos y en los numerosos años que han seguido costaba tanto á los médicos creer en los casos de viruela en vacunados; hé aquí por qué han rehusado por tanto tiempo el creer en la falibilidad de la vacuna, cuya virtud y poder les habian demostrado los resultados de los primeros años de su práctica; hé aquí por qué yo mismo, como la mayor parte de ellos, he tenido una entera fé en la eficacia de la vacuna, y porque durante mucho tiempo he creido la virtud profiláctica absoluta de este medio; así como esto tenia lugar en muchos médicos, los repetidos hechos observados en todas las apidemias vinieron á debilitar su conviccion; y los egemplos de que he sido testigo, así como las numerosas revacunaciones á que me he dedicado, han venido á poner un término á la confianza ilimitada que tenia en la vacuna; si los estudios que he hecho sobre las causas de estas repetidas recidivas y los resultados que han sido su consecuencia no me han hecho conservar por este precioso medio toda la estimacion que siempre le habia profesado, he reconocido que las verdaderas causas de la viruela en los vacunados no dependia de la vacuna; que los casos en que la vacuna habia faltado eran muy raros y dependían de causas estrañas dimanantes de circunstancias lo mas á menudo inherentes á los mismos vacunados, de las que luego hablaré; mas no nos antieipemos, volveré mas tarde á esta materia; pasemos ahora al exámen de los hechos, de que he sido yo mismo testigo.

Segun he dicho antes, he vacunado por mi cuenta mas de treinta mil individuos de toda edad, pero particularmente de tres meses á seis años; aunque yo he hecho estas operaciones, no he podido siempre observar sus consecuencias y resultados, lo cual no me ha sido posible; ya por mis numerosas ocupaciones, ya por los obstáculos que he encontrado por la mala voluntad ó negligencia de los vacunados ó de sus padres: ahora bien; de estos millares de vacunados cuántas operaciones habrán quedado sin resultado, cuántas falsas vacunas, cuántas vacemelas y otras erupciones anómalas habrán sido tomadas por el vulgo y aun por algunos médicos, preciso es decirlo, por buena vacuna, dando á las familias una seguridad que no debían tener jamás; cuántas viruelas habrán podido manifestarse en estos individuos, haciendo perecer algunos de ellos y haciéndoles creer en la falibilidad de la vacuna!

Estos hechos que acabo de manifestar son muy numerosos, mas sin duda de lo que se cree, si se juzga por lo que he observado en mi práctica, cuando he podido seguir la marcha de las erupciones vacunosas en muchas personas que se han mostrado solícitas de su bienestar y de la salud de sus hijos; y aunque en la mayor parte de ellas he notado siempre buena vacuna, no es menos cierto que en algunas circunstancias, que en muchas aun he observado tambien las erupciones anómalas de que he hablado, las que no tienen poder ó á lo menos lo tienen muy débil contra los ataques de la viruela, y cuya ineficacia me ha sido siempre preciso remediar con nuevas vacunaciones, que han sido casi siempre seguidas de erupcion regular.

Hé aqui los hechos generales; pasando ahora á los particulares, diré: que desde los primeros años de mi práctica médica he observado, que entre los sujetos que yo mismo he vacunado, algunos han sido atacados de la variolóide, y el mayor número de la varicela. Estas enfermedades atacaban á personas de toda edad, pero particularmente niños de tres á diez años, algunas veces, pero pocas, de mas edad.

Estas enfermedades eran muy ligeras, muy benignas y no dejaban señales; se presentaban ora aislada, ora epidémicamente, y se han renovado hasta nuestros días ó bien todos los años, ó bien cada tres ó cuatro siempre ó casi siempre en los niños de la edad que acabo de hablar, y sin terminación funesta.

Sin embargo; se presentaron viruelas verdaderas en algunos vacunados ó que á lo menos tenían las señales de tal, lo cual no es siempre prueba de una buena vacuna, como, lo veremos bien pronto: los primeros casos de este género que observé, datan de muchos años; algunos fueron muy graves, se presentaron fuera y en tiempo de epidemia de viruela; hicieron perecer mu-

chos enfermos. En todos los sujetos la vacuna databa á mas de veinte años; en algunos que yo no habia vacunado se remontaba á mas de treinta. Poseo tambien hechos de personas atacadas de viruelas confluentes mortales en algunas, que estaban vacunadas hacia cuarenta, cuarenta y cinco y aun cincuenta años. No puedo entrar aquí en los detalles de todos estos hechos y dar observaciones particulares, esto me entretendria demasiado; reduciré á cifras las proporciones que resulten de cada enfermedad.

He tratado tanto en mi práctica particular como en el hospital general de la ciudad donde residí, bien aisladamente, bien en tiempo de epidemia, pero particularmente en las dos últimas, de las cuales una se manifestó en 1816, y la otra en 1833, un grandísimo número de viruelas, de varioloides y de varicelas; aunque no tengo nota exacta de cada una de ellas, y recuerdo el número de las primeras que era de unos ciento cincuenta y cinco; el de las segundas de trescientos veinte, y el de las terceras de trescientos ochenta; algunos sujetos entre los variolosos, no habian sido jamás vacunados; la mayor parte de los otros, así como el mayor número de los primeros, habian sido vacunados por mí, pero en los mas tampoco me habia sido posible observar la marcha ni los resultados de las erupciones consecutivas á la vacunacion, y esto, por las razones que he explicado mas arriba, ¿cuántas erupciones anómalas habrán resultado en todos estos vacunados, que no han podido justificarse? á juzgar por lo que me ha sido posible ver en algunas circunstancias, estas erupciones han debido ser numerosas y por consiguiente el número de individuos atacados de viruela ha debido ser mas considerable. De cualquier modo que sea no he observado afecciones realmente graves sino en los sujetos atacados de viruela; en estos solamente se han presentado algunas defunciones, en todos los demás, sin escepcion, la varioloide ó viruela ha sido siempre ligera y sin gravedad.

Hé dicho que algunos sujetos de entre los ciento cincuenta y cinco variolosos no habian sido vacunados; la mayor parte eran de edad de mas de veinticinco años, á escepcion de diez niños, cuya edad no pasaba de tres á cuatro años, casi todos fueron atacados fuertemente de la enfermedad; la erupcion casi siempre confluyente, fue acompañada de accidentes graves, mortal para algunos, y de sesenta y seis de estos no vacunados, murieron diez y seis, entre los de mas edad, y tres entre los niños; los demás variolosos de los sesenta y seis de que acabamos de ocuparnos, fueron gravemente atacados, pero no hubo ninguna defuncion; debo añadir, que entre los últimos algunos presentaban señales de vacuna, pero tan ligeras, tan poco apreciables, tan débilmente caracterizadas, que debo considerarlas como el resultado de alguna erupcion vacunosa abortada; muchos de ellos fueron atacados de varioloide y aun varicela, y los que presentaban

en sus brazos señales de una buena vacuna, fueron muy ligeramente atacados de estas enfermedades; lo mismo sucedió con otros muchos cuyas cicatrices vacunosas poco profundas y muy poco aparentes dejaban alguna duda sobre la existencia anterior de una buena vacuna; la enfermedad conservó en estos todos los caracteres de la varióloide ó de la viruela, se mostró, hablo en general, con algo mas de intensidad que en los otros, sin haber defuncion alguna ni entre los mismos.

Me tomaré la libertad de mencionar aquí, pues me servirá para mas adelante, algunos casos de recidiva de viruela de que he sido testigo; son en número de cinco; todos los individuos atacados por segunda vez, presentaban en su cuerpo, en el tronco principalmente, señales profundas y evidentes de una primera viruela, tres de los cuales habian sido atacados despues de diez ó doce años, y dos el uno despues de quince y el otro despues de diez y nueve años. Añadiré aun que en un pueblo cercano á la localidad que habito, un hombre de edad de cuarenta y cinco años sucumbió á un segundo ataque de viruela, remontando el primero á mas de veinticinco años.

Hé aquí poco mas ó menos todos los casos prácticos de viruela despues de la vacuna de que he sido testigo durante el trascurso de mas de treinta años; se parecen por sus resultados á la mayor parte de los que han sido observados en otros países, y de los que he hecho una larga enumeracion. Las consecuencias que se pueden sacar son iguales para todos; es á saber: que la vacuna, bien por sí misma, ó bien por circunstancias que le son estrañas y que son inherentes á las personas que la reciben ó que proceden de las personas de quienes se estraee, no preserva siempre de la viruela; no preserva de una manera absoluta; si su accion profiláctica tiene sus límites en la mayor parte de los individuos, es sin limites en otros, y es útil buscar las causas de esta diferencia de accion, á fin de que, despues de haberlas reconocido y señalado, sea posible remediarlas de una manera eficaz.

Del descubrimiento de estas causas y del modo de prevenirlas voy á ocuparme: ya he dicho antes, que la vacuna no producía siempre en el hombre erupciones regulares, normales, verdaderas erupciones de vacuna; que algunas veces, que aun con frecuencia y con mas de lo que creí y se ha creído hasta ahora, en lugar de estas erupciones, aparecen otras de falsa vacuna, cuya forma es muy conocida de todo el mundo médico en general, pero ignorada del vulgo; erupciones de apariencia vacunosa, pero que no poseen ni sus cualidades, ni su virtud. Añadiré que en algunas circunstancias las inoculaciones de vacuna no son seguidas de alguna erupcion, que quedan sin efecto, lo que no impide, y yo he sido testigo de ello

muchas veces, de que las familias estén sosegadas, pues les es suficiente en ciertas circunstancias que los brazos de sus hijos hayan sido picados con la lanceta cargada de virus vacuno, y no se ocupen en ninguna manera de lo que pueda suceder despues; una primera operacion les parece suficiente y no piensan en reclamar la segunda, á no ser que alguien les advierta de su descuido ó ignorancia.

Añadiré aun antes de pasar mas allá, y es por lo que debia haber principiado, algunas palabras para conocer bien la pústula vacunosa, la que produce el verdadero virus vacuno, cuya accion poderosa, y se puede decir casi absoluta, no se desmiente sino en algunos casos raros y escepcionales. Despues de describir los verdaderos caractéres del grano vacuno, me ocuparé de las condiciones que favorecen su completo desarrollo, como igualmente de las que se oponen, y la modifican profundamente y alteran el virus, atenuando su accion, si es que no la destruyen enteramente.

La vacuna es el producto de una operacion particular, que se practica ordinariamente en el brazo: hácia el cuarto dia despues de hecha la inoculacion, se percibe sobre cada picadura un pequeño punto rojo, apreciable á la vista y al tacto; al otro dia este punto rojo, ó mejor dicho este grano se pronuncia mas; al dia siguiente, es decir el sexto dia despues de la inoculacion, el grano adquiere tal desarrollo y forma, que es imposible desconocer; se ensancha, se aplanan, se deprime ligeramente en el centro, y esta depresion, que le es particular y verdaderamente característica persiste hasta el fin. Su color blanco tirando un poco al azul, se parece al del nácar; este grano se rodea de una aréola rojiza bastante circunscrita.

Al octavo dia la pústula mas desarrollada está en toda su fuerza y vigor. Ancha de una á dos líneas, y de un blanco azulado persiste deprimida en el centro, siendo sus bordes duros, salientes, y mas elevados que el resto de su superficie. La aréola rojiza, lo es mas aun y mas estensa que el dia anterior. El noveno y décimo dia los síntomas aumentan, desde el undécimo su marcha se suspende, y disminuyen desde el duodécimo. Entonces el color plateado de la pústula toma un tinte oscuro, la aréola rojiza palidece, disminuye de estension, el grano se deseca y se cambia en una costra dura de color moreno, que cae sobre el vigesimoquinto dia dejando en su lugar una cicatriz mas ó menos profunda, redonda, algunas veces oval, plana y sembrada de pequeños puntos negros, cuya presencia es uno de los mas característicos señales de la inoculacion verdadera de la vacuna.

A los diversos síntomas, que acabo de enumerar, se unen bastante á menudo del octavo al undécimo dia movimientos febriles mas ó menos in-

tensos, comezon y dolor en las pústulas y en las partes vecinas, sobre todo en las que son el asiento de la aréola; algunas veces tambien, en los adultos particularmente, dolor con una ligera tumefaccion en las glándulas acilares; estos diversos síntomas, como he dicho, tienen lugar en los vacunados, pero no son constantes, faltan algunas veces y á su ausencia han atribuido equivocadamente algunos médicos la ineficacia de la vacuna.

En fin, para terminar esta pintura, añadiré, y no es lo menos interesante ni lo menos esencial, que si se examina con cuidado la pústula vacunosa cuando ha llegado á su perfecto estado de madurez, es decir, hácia el octavo dia, su interior está formado de una multitud de pequeñas celdillas separadas las unas de las otras por tabiques bastante sólidos, y todas llenas de un líquido claro y diáfano, que es el mismo virus vacuno. Estas células bien distintas y sin comunicacion entre si, encierran cada una separadamente el humor vacuno existente siempre en el verdadero grano de vacuna, y forman en mi concepto, como lo probaré bien pronto, el carácter distintivo mas esencial; el que hace de este grano así constituido y del virus, que encierra, el preservativo poderoso y hasta me atreveré á decir absoluto, con muy raras escepciones, de la viruela.

Insisto particularmente en estas últimas condiciones, porque únicamente en las pústulas con celdillas existe la verdadera vacuna.

Despues de estas consideraciones muy esenciales á la cuestion vuelvo al exámen de las causas, por las que la vacuna falla muchas veces y no responde á la confianza, que se ha depositado en ella; y espero demostrar, que la mayor parte de estas causas, ya que no sean todas, le son completamente estrañas.

El virus vacuno, cuando es trasmitido á los individuos, se conserva en toda su pureza por lo regular; posee en este estado todas las cualidades que le son propias, su energia primitiva, y la accion y virtud preservativa, que poseia, cuando fué estraído del animal, del cual trae su origen. A pesar de las trasmisiones sucesivas y numerosas no recibe modificacion alguna del individuo en quien se desarrolla, conserva en él los caracteres que constituyen la verdadera vacuna, está siempre tan puro como al estraerse de la vaca y tiene las mismas virtudes. Si los granos, á los cuales dá origen, toman la faz plateada, que es uno de sus principales caracteres; si presentan por la seguridad de su marcha y por su forma todas las señales que se han reconocido siempre en los granos de la verdadera vacuna; si el líquido, que sus diversas celdillas contienen, es un fluido limpio y de color plateado como su cubierta, no hay duda que es el virus vacuno con sus propiedades primitivas, gozando siempre de la misma energia y poseyendo

todas las cualidades, que le hacen con muy raras escepciones el preservativo infalible de la viruela y un preservativo tan seguro y tan absoluto como lo es la misma viruela, salva algunas escepciones.

Pero las cosas no suceden siempre como acabo de decir; la vacuna no se manifiesta siempre con sus verdaderos caractéres, cual acabo de asignar. Sucede con mucha frecuencia, con mas de lo que se cree generalmente, pues las ocasiones y la posibilidad de patentizarlas han faltado muchas veces á los médicos, sucede como digo, que á consecuencia de una multitud de causas estrañas ó inherentes á los individuos, las inoculaciones vacunosas, aunque hechas con buena vacuna, con verdadero virus vacuno, sufren modificaciones importantes, alteraciones profundas, por cuya causa no dan origen mas que á erupciones falsas (falsa vacuna), á pústulas anormales sin virtud, sin accion; cuya grande semejanza con los granos de la verdadera vacuna, han podido muy fácilmente inducir en error al vulgo, que no posee conocimientos para hacer su debida distincion, y aun á médicos poco reflexivos y sin esperiencia.

En fin, sucede algunas veces, que la operacion, aunque practicada con verdadera vacuna, no es seguida de erupcion, y en esta circunstancia, como aquellas en que se han presentado las erupciones anómalas de que acabo de hablar, los vacunados no toman acta de ello y quedan completamente tranquilos; no sucedería si se remediasen siempre estos incidentes, si por una parte los médicos pusiesen mas cuidado en seguir los progresos de la operacion que han practicado, y si por otra, los vacunados y sus padres, que son los verdaderos interesados, tuviesen cuidado de avisar al médico para hacerle examinar y apreciar el resultado de su operacion; pero sucede con frecuencia, aun diré casi siempre, y en lo cual consiste el mal, que los médicos no son llamados á hacer estas justificaciones; lejos de esto, la buena voluntad de algunos ha sido puesta á rudas pruebas, y un mal recibimiento es casi siempre el fruto que sacan de su buen celo.

En la omision de este utilísimo exámen reside en gran parte el mal éxito de las operaciones vacunosas; porque si los médicos pudiesen comprobar los resultados, si pudiesen asegurarse de su eficacia, remediarían al momento por nuevas inoculaciones las que presentasen alguna irregularidad.

En la dificultad de una comprobacion exacta, que es casi siempre el resultado de la incúria de los vacunados, que desgraciadamente confian demasiado en una primera operacion, sin curarse de sus resultados y de su mayor ó menor eficacia, residen las causas mas ordinarias y mas frecuentes de la viruela en los vacunados; y sin embargo, como ya lo he dicho, y lo demostraré, las enfermedades cuya invasion se ha atribuido sin fundamento á la ineficacia de la vacuna, no son propia y únicamente el resultado de este

medio: las idiosincrasias de los vacunados y las circunstancias inherentes ó estrañas á estos últimos, pero completamente independientes de la vacuna, que han precedido ó acompañado las operaciones vacunosas, son la principal causa, diré tambien la mas frecuente, la única, como lo veremos bien pronto; pero continuemos.

He dicho que el virus vacuno dá lugar á erupciones irregulares, y anómalas; hay una que ha sido señalada desde el principio del descubrimiento de la vacuna, tal es la que ha recibido el nombre de falsa vacuna. Esta erupcion, que ha sido muy comun en todos tiempos, no tiene virtud ni accion, y está considerada hoy dia como antes, por completamente inerte; así es que se ha dado por regla el volver á revacunar todos los sugetos en quienes se ha desarrollado. ¿Pero cuántas falsas vacunas son ignoradas y escapan al médico, solo apto para distinguir las? ¿Cuántos sugetos, como ya dijimos, ignoran enteramente la naturaleza de sus erupciones y se privan voluntariamente de consejos, que les ilustrarian sobre los resultados negativos, al mismo tiempo que les ofrecerian los medios de repararlos, y obtener los verdaderamente eficaces? Ignorancia bien sensible, y tanto mas cuanto si en los casos ordinarios la falsa vacuna no deja mas que débiles señales, en circunstancias dependientes de los vacunados y de sus constituciones, esta erupcion anómala deja cicatrices cuya presencia dá lugar á creer que son cicatrices de verdadera vacuna.

La falsa vacuna se acompaña algunas veces de una comezon tan viva, que los vacunados no pueden impedir el hacer uso de sus manos, destrozando los granos, irritándolos y produciendo ulce raciones mas ó menos profundas, que dejan cicatrices cuya forma presenta alguna analogia con las de la verdadera vacuna. Lo mismo sucede en las personas cuya constitucion está viciada por alguna diátesis escrofulosa ó herpética; en éstas últimas los granos se inflaman con frecuencia, se ulceran y supuran por largo tiempo, siendo casi siempre el resultado de estos accidentes ciertas cicatrices bastante pronunciadas.

Hay tambien ciertos granos que no se parecen ni á la verdadera vacuna ni á la falsa, ni á la varicela, y de los cuales voy á decir algunas palabras, pues así como estas tres erupciones son tambien el resultado de las inoculaciones vacunosas. Estos granos ó estas erupciones sin nombre conocido, sin carácter especial, no dejan jamás señales, á no ser que alguna cosa venga á complicar su marcha; pero cuando á consecuencia de alguna de las causas que acabo de indicar, estos granos se inflaman y supuran, entonces es muy raro que no dejen señales.

En fin, hay una erupcion que ha debido existir en los primeros tiempos de la introduccion de la vacuna, aunque se ha hablado raras veces de ella,

probablemente á causa de la especie de analogía que existe entre sus granos y los de la verdadera vacuna, analogía que ha podido hacerlas confundir en la mayor parte de los casos; pero con atencion y algo de esperiencia, se pueden reconocer los caractéres esenciales que las distinguen. Esta erupcion, que se toma casi siempre por la verdadera vacuna, y que sin embargo difiere esencialmente por la forma y el color de los granos, por la conformidad exterior é interior de estos, por el color y la consistencia del liquido que encierran, por las cualidades mismas de este liquido, que están muy lejos de igualar las del flúido que provee el grano de la verdadera vacuna, y cuyo uso muy frecuente ha debido causar y causa aun numerosas decepciones, es la viruela.

Casi siempre resultado de una vacuna muy antigua ó deteriorada, ó de una disposicion especial del sugeto, es caracterizada por una ó muchas, y á veces tantas pústulas como picaduras hay practicadas. Estas pústulas circunscritas, casi siempre conóideas ó globulosas, tienen una grande semejanza con las pústulas de la viruela; de un azul sucio ligeramente opaco, están rodeadas de una aréola encarnada mas ó menos ancha, pero menos estensa, que la que rodea el verdadero grano de vacuna; como las de la última, estas pústulas aparecen en general al cuarto dia, marchan como ellas, pero con menos inflamacion, hasta el octavo ó noveno dia, y están ordinariamente desecadas el catorce ó quince. En algunas circunstancias, y sin causa apreciable, pero pudiendo atribuirse algunas veces á la mayor ó menor energia ó irritabilidad del sugeto su marcha es de una duracion mucho mas corta, y todo finaliza desde el octavo al décimo dia. El liquido casi siempre sero-purulento que contiene, no está como el de la verdadera vacuna contenido en una seudo-membrana celulosa, sino en una sola bolsa ó vesícula que desde que queda abierta deja evacuar todo el humor que contiene, y que se aplasta casi siempre sobre sí misma. Despues del quinto dia, tiene lugar la desecacion del grano, las costras se forman, pero son mas pequeñas y menos espesas que las de las pústulas vacunosas; tal es la viruela en cuanto á sus caractéres físicos. Por lo que toca á su accion sobre la economía animal, diré que es poco mas ó menos nula, ó que á lo menos no tiene accion contra la viruela sino en algunos casos bastante raros y casi escepcionales, y soy del parecer de Mr. Rayer, que dice que la varicela no preserva completamente de la viruela, pero que dá menos aptitud para contraerla.

Esta erupcion es muy frecuente, y la he visto presentarse casi siempre en sugetos de diatesis escrofulosa y herpética, en individuos de una constitucion débil, de un temperamento delicado. En efecto, estas constituciones débiles, estas organizaciones defectuosas y viciosas se oponen al completo

desarrollo de la pústula vacunosa, y modifican de tal modo el virus y alteran tan profundamente sus cualidades, que estas erupciones se resienten de su mal origen, demoran su accion, y no tienen mas que una virtud muy imperfecta é insuficiente que deja á los individuos sin defensa contra los ataques de la viruela. La varicela se manifiesta tambien en los sugetos cuya suciedad habitual y sus habitaciones mal sanas, atraen sobre el dermis esta afeccion particular que le dá una apariencia escamosa y la hace muy poco propia para recibir la influencia de las inoculaciones vacunosas. En todas estas personas, cuyo número es muy grande, es raro que la vacuna adquiriera todos los grados y todos los caractéres que la son propios. Esta erupcion se hace al contrario notar casi siempre por algunas de las irregularidades que acabo de señalar, y que quitándoles casi toda su accion, no dejan á las pústulas que resultan y al humor que contienen, sino cualidades muy imperfectas; de aquí provienen las numerosas y pretendidas viruelas despues de la vacuna que se han observado en todos tiempos, que se observan aun, y el descrédito general en que ha caido la vacuna; empero como se verá bien pronto, dando á cada una de las erupciones señaladas y á la vacuna misma la parte que las corresponde en estos defectos, esperamos poder asegurar una muy débil á la vacuna, á la verdadera vacuna bien entendido.

Se ve pues por lo que acabo de decir relativamente á los caractéres físicos de la varicela, que difieren de una manera muy notable de los de la pústula vacunosa verdadera, y que son bastante pronunciados para distinguirlos y para que se hubiesen distinguido en todos tiempos. A pesar de esto, no parece que se hayan tenido jamás en cuenta estas diferencias, y el silencio que se ha guardado siempre sobre estas particularidades, nos lo prueba muy bien. No considerándolos sin duda sino como el producto de alguna irregularidad sin influencia en las cualidades del humor de la varicela y sin parar la atencion ó mirar la erupcion de que aquí se trata, como si fuese tan completamente buena y eficaz como la que se presenta con todos los caractéres de la verdadera vacuna, y sin vacilacion ninguna, se ha empleado el virus, que procedia de ellas tan generalmente como el de la pústula vacunosa, y esto es tan cierto, que no hay pruebas en contrario en parte alguna. Lo que otros han hecho, lo he hecho yo mismo eu el principio de mi práctica médica; pero euando he reconocido el error, lo he evitado casi enteramente. Digo casi enteramente, porque si me valgo del humor de la varicela, no lo hago sino en ocasiones raras en que la escasez de la vacuna y la necesidad de las vacunaciones me obligan á pesar de mi repugnancia á recurrir á él. Lo he hecho tambien en algunas otras circunstancias, pero solamente á título de ensayo, á fin de asegurar completamente mi opinion sobre

los defectos de la varicela. Hé aquí lo que he observado siempre que he empleado el líquido procedente de la pústula de la varicela, y estos resultados, que son el fruto de una práctica de mas de treinta años, durante los cuales he vacunado mas de veinte mil personas de toda edad y sexo, darán una justa medida de las verdaderas cualidades de la varicela, de su humor, de su accion sobre la economía animal y sobre todo de su accion mas ó menos profiláctica respecto la viruela.

Como ya lo he dicho, la verdadera vacuna no dá siempre origen á verdaderas pústulas vacunosas; otras erupciones son con frecuencia el producto de las inoculaciones de una buena vacuna, y entre estas erupciones la varicela no es la menos rara. Esta, cuya marcha y periodos son casi idénticos á los de la vacuna, difiere por algunos caractéres exteriores, por su testura exterior, por el color, la consistencia, y sobre todo por las cualidades del fluido que contiene, y en fin, por los diversos resultados á que su uso dá lugar.

Esta erupcion es frecuente; es muy raro en efecto que en una masa de individuos vacunados con un buen virus vacuno no se encuentren algunos en los cuales se presente la varicela; algunas veces esta erupcion particular se presenta sobre un veinticinco, sobre un quince, sobre un décimo de los vacunados. Mas cuando sea por ignorancia ó por causa de la escasez de la vacuna, se toma el humor de un grano de la varicela para la vacunacion, entonces, á consecuencia de estas nuevas operaciones, aparecen en gran número varicelas en un todo conformes á las de que son el producto, en tanto que el número de verdaderas vacunas está reducido á proporciones muy mínimas y casi iguales á las que acabamos de reconocer en la varicela que es el producto de una buena vacuna; es á saber, que en esta última circunstancia la verdadera vacuna no se manifiesta sino sobre un veinticinco, sobre un quince ó sobre un décimo. ¿En qué estriban todas estas diferencias, y por qué en el primer caso la vacuna se presenta en proporciones mas grandes que la varicela, y en el segundo por qué la proporcion de la varicela escede de mucho á la de la vacuna? Esto es fácil de concebir; la vacuna inoculada primeramente era de buena calidad, y poseyendo toda su fuerza y energía, ha dado lugar á buenos resultados, salvas algunas escepciones; los casos en que ha sucedido lo contrario, y de ello podria citar muchos ejemplos, han recaído en sujetos enfermos, débiles y de mala constitucion; en estos una erupcion normal no ha podido desarrollarse y ha dado lugar á una erupcion mista profundamente modificada, que á su vez no ha podido producir mas que una erupcion muy semejante, lo cual ha sucedido siempre que se ha empleado el líquido sero-purulento de la varicela, que no es mas que una mezcla de una pequenísimas cantidad de

virus vacuno con un humor particular bastante abundante que modifica y debilita sus cualidades. Los resultados han sido siempre, idénticos; esto es á lo menos lo que yo he observado siempre, no pudiendo hablar mas que de mis propias observaciones, por no haber encontrado en ninguna parte mención alguna sobre el particular.

Podría tambien, como acabo de decir, citar en apoyo de lo que dejo referido una multitud de observaciones, de las cuales resultaria la prueba de mis asertos; pero los numerosos detalles en que me veria obligado á entrar, me llevarian quizás un poco lejos: me contentaré pues en reproducir aquí un pasaje de la memoria que diriji en 1847 al ministro del Interior, y en la cual, hablando de las erupciones falsas ó anómalas, que son muchas veces el producto de la inoculación, y describiendo sus cualidades, decia: «¿cómo creer que pústulas que difieren de tantas maneras de las de buena vacuna, puedan tener todas sus cualidades? ¿Que puedan sobre todo poseer en el mismo grado la mas preciosa de ellas, la de ser un verdadero preservativo de la viruela? ¿Cómo creer que el fluido de la varicela, que en las diversas y numerosas trasmisiones que sufre no da mas que resultados tan inciertos como irregulares, que anuncian su debilidad y alteraciones, pueda preservar de la viruela tanto á los sugetos que lo proveen como á los que lo reciben? De ningun modo puede preservarles, y encuentro la primera prueba de este aserto en los buenos resultados de las revacunaciones que se practican en todas partes, y particularmente en Prusia, donde han prendido en la proporción de treinta y tres á sesenta y cinco por ciento; lo cual es debido en general á la impotencia de las erupciones anómalas, cuyo número es tan grande, y á la varicela sobre todo, que se presenta casi siempre en la clase tan numerosa de los individuos dotados de una constitucion débil, delicada, de un temperamento escrofuloso, mal sano, que están predispuestos á las afecciones dartosas, escamosas y tambien atacados de algunas de estas enfermedades, y cuya piel se encuentra en unos jugosa y áspera, y sin consistencia en otros, desprendiéndose fácilmente por escamas que se separan al menor contacto ó al mas pequeño roce; en la mayor parte de estos sugetos en quienes ha sido inoculada una vacuna muy antigua y deteriorada, y cuyo número debe ser considerable si se atiende á que en muchos paises, en el campo particularmente, las inoculaciones de vacuna son practicadas por un enjambre de ignorantes, y por los mismos padres del vacunado. Estos no esperan á practicar la inoculación á que la pústula de vacuna esté desarrollada del todo, es decir, del décimo al undécimo dia, falta que cometen tambien algunos médicos que dicen poderse servir de la vacuna antes de esta época; unos y otros caen en un error muy grave y ocasionan con mucha frecuencia la produccion de la falsa vacuna, y sobre todo de

la varicela en muchísimos vacunados; en éstos individuos y en los que viven en una sociedad continua aparecen estas erupciones irregulares, que ni son preservativo de la viruela, ni obstáculo á la revacunacion.»

Añadiré aun las líneas siguientes que encuentro en una relacion que diriji durante el año 1856 al Prefecto de este departamento, y que confirman plenamente todo lo que acabo de decir tocante á la varicela.

«Cuando la vacuna toma nacimiento en sugetos de buena salud y bien constituidos se conserva en toda su fuerza, en toda su pureza, y no pierde ninguna de las cualidades esenciales que la hacen un verdadero medio profiláctico; pero no sucede siempre así. Hay sugetos en quienes aunque les haya sido transmitida en toda su pureza, sufre tales modificaciones, que las erupciones que provoca no presentan sino raras veces los verdaderos caracteres de la pústula de vacuna; en la mayor parte de casos, aunque recorran regularmente todos los períodos de la buena vacuna, no adquieren sino un desarrollo incompleto; y el virus que encierra alterado y debilitado no dá origen á erupcion alguna sino á granos de apariencia dartrosa cuyo fluido debe resentirse y se resiente en efecto de su origen. Hé aquí la prueba que he recogido muchas veces á título de ensayo del virus de la varicela; he vacunado muchos niños, y los resultados han venido siempre á confirmar los asertos que acabo de emitir. En casi la totalidad de estos niños no he obtenido mas que erupciones sospechosas, que no ofrecian nunca el verdadero carácter de los granos de la buena vacuna, los cuales no he encontrado mas que en un pequeño número, en cerca de un octavo; en los otros siete octavos se han presentado siempre la falsa vacuna ó la varicela.»

Despues de estas consideraciones, que tienden todas á demostrar que la vacuna en su presentacion va siempre acompañada de sus verdaderos caracteres, y que las irregularidades é imperfecciones que se encuentran con mucha, con demasiada frecuencia, sin duda despues de las vacunaciones de varicelas son únicamente, casi únicamente, la causa de las dudas que se han suscitado sobre la virtud profiláctica de la vacuna.

Ya lo he dicho; la vacuna, la verdadera vacuna, la que proviene de una pústula de vacuna que ha procedido de un sugeto bien constituido y de buena salud, que presenta todos los caracteres exteriores é interiores que acabo de asignarla, y cuya cicatriz conserva la marca particular que le es propia, esta vacuna, digo, y ella solamente está dotada de una accion poderosa, de una accion profiláctica que conserva indefinidamente y que conservará á pesar de sus transmisiones sucesivas, y no se deteriorará mientras sea el producto de pústulas, cuyos verdaderos caracteres he trazado; ella será con muy raras escepciones una garantía poderosa y absoluta contra las invasiones de viruela para las personas que reúnan los

mencionados caracteres; y si añado algunas restricciones, no es porque crea que la vacuna tiene menos fuerza, energía y poder que la viruela tiene, sino porque no preservando esta siempre de una segunda invasion, puede acontecer lo mismo con la vacuna; lo cual queda demostrado por los casos poco numerosos á la verdad, en los cuales se ha visto, que sujetos en quienes los resultados de una buena vacuna estaban bien patentes, han sido atacados por la viruela; estos son escepciones que no pueden invalidar la regla general.

Todo lo que acabo de decir es el fruto de una larga esperiencia y resultado de muchísimos hechos que he observado y que podria citar, pero como su esplanacion me llevaria muy lejos, los reasumiré todos en algunas líneas consignadas en mi citada memoria al Ministro del Interior.

«He vacunado á muchos individuos durante mi vida, ya en mi práctica particular, ya en el hospital de la ciudad, donde hace mas de treinta años que practico la vacunacion; numerosísimos de los que he vacunado han llegado ya á la edad de veinte á treinta años y hasta la de treinta y cinco, y puedo asegurar que todos aquellos, y su número es considerable, en los cuales he podido seguir la marcha de la erupcion, observar su regularidad y reconocer el grano de una buena y verdadera vacuna, todos estos, digo, no han sido jamás atacados de viruela; que en muchas circunstancias, y para satisfacer sus deseos, he ensayado en ellos, no solamente una sino muchas veces la revacunacion, y que siempre ha sido sin resultados; prueba cierta, evidente é incontestable de la eficacia y de la virtud preservativa y constante de una primera vacunacion practicada despues de quince, veinte, veinticinco y treinta años.»

Añadiré que conozco á muchas personas que yo no he vacunado, porque lo estaban desde mas de sesenta y aun setenta años, y las cuales no han padecido la viruela; muchas de ellas han sido tambien refractárias á la revacunacion: diré mas; que el que escribe estas líneas, que yo mismo, que estoy vacunado hace cincuenta y ocho años, no he tenido jamás la viruela, aunque, como se puede presumir, he tenido muchas ocasiones de contraerla, ya en el Anfiteatro de Anatomía, ya en los hospitales, conservando aun las cicatrices de una primera vacuna, en mis brazos, anchas, profundas y marcadas con los puntos negruzcos de que he hablado, evidentes señales de una verdadera pústula de vacuna; tampoco me han producido ningun efecto las revacuaciones, y la última tentativa de este género que he hecho, solo data algunos meses. En efecto; en el mes de Diciembre último, poseyendo el cowpox que habia sido encontrado en nuestro departamento, y que me habia remitido la Administracion para ensayarlo, me revacuné con el virus procedente de esta vacuna original, cuyo

uso me habia plenamente salido bien en todos los sugetos en los cuales lo habia empleado; y no obstante, á pesar de todas estas circunstancias favorables, no obtuve en mí mismo ningun resultado.

En fin, una última palabra sobre el poder de la vacuna, de la buena se entiende: he leído en una memoria de la Sociedad Real de Medicina de Burdeos sobre una epidemia de viruela que se habia esparcido en el año 1821 en el departament o de la Gironda, que de treinta mil vacunaciones cuyo buen resultado estaba bien averiguado, ademas de un número mucho mas considerable, cuyo buen resultado solo era presumible, únicamente se observaron doce casos de viruela, que se supone haber venido despues de la vacuna, cuyo número redujo á dos la comision despues de un exámen escrupuloso y razonado.

Me detengo aquí, y creo haber dicho bastante, para demostrar el poder absoluto de una buena y verdadera vacuna, y probar que los casos de viruela atribuidos á los vacunados, son infinitamente raros y casi imposibles; pero lo que es casi imposible despues de una verdadera vacuna, no lo es despues de erupciones tales como la varicela y la falsa vacuna. Desgraciadamente estas erupciones son muy frecuentemente la secuela de las inoculaciones de vacuna, y á prevenirlas é impedir las deb en encaminarse todos nuestros esfuerzos. Esto se logrará haciendo la una (la buena vacuna) mas frecuente, y las otras (la varicela y la falsa vacuna) tan raras como sea posible. Esto será una tarea muy difícil, y hasta diré imposible, á causa de los numerosos obstáculos que se presentarán en todas partes, y que paralizarán los esfuerzos mejor entendidos, si el médico no tiene en su poder un medio de remediar todos los defectos de una primera inoculacion de vacuna.

La idea de revacunar nació de la debilidad de la vacuna; en tanto que se creyó á ésta inviolable, no se pensó en revacunar; pero cuando los primeros casos de viruela en los vacunados se presentaron, se multiplicaron y su número siempre creciente llamó la atencion de los médicos, entonces se pensó en las revacunaciones como un medio de remediar la insuficiencia de una primera operacion. Se practicaban ya hacia muchos años con mas ó menos éxito en Francia y en las naciones vecinas, cuando en 1825, en una sesion de la Academia de Medicina, en la cual se trataba de la multiplicidad de los casos de viruela en los vacunados, que algunos miembros ponian en duda, pero que otros en mayor número confesaban, uno de los miembros de esta sábia sociedad, Mr. Mare, propuso las revacunaciones como medio de llegar á una solucion satisfactoria; y manifestó el deseo de que los miembros de la Academia y tambien todos los médicos fuesen invitados á revacunar los individuos ya vacunados en diferentes épocas, á fin de que comparando los resultados que se obtuviesen de estas

vacunaciones reiteradas, se pudiesen sacar consecuencias que resolviesen esta importante cuestion.

Lo que Mr. Mare propuso en 1825 se practicaba ya hacia muchos años por algunos médicos, bien con el fin de experimentar la accion de una primera vacuna, ó para remediar los vicios de esta accion; esto se ha practicado despues por muchísimos otros, y se está practicando hoy día, sobrepuzando los resultados las esperanzas de los académicos.

No debe esperarse que refiera aquí la enumeracion y la historia de todas las revacunaciones que se han hecho; esto me llevaria muy lejos, sin que resultase para el asunto que dilucido mayor luz y utilidad.

Se conocen generalmente los beneficios de la revacunacion y alcanza igualmente á los variolosos que á los vacunados, sean cuales fuesen en estos últimos los resultados de la primera vacuna. Digo que alcanzarán igualmente á los variolosos que á los vacunados; y en efecto, se ha visto mas de una vez prender perfectamente la vacuna en variolosos, y si éstos, de lo cual hay muchos egemplos, están espuestos alguna vez á recidivas mas ó menos mortíferas, el mejor medio de preservarles consiste en la vacunacion. Por lo que hace á mí he visto un buen número de variolosos bien marcados por cicatrices profundas, ser atacados de recidivas, las que no hubiesen tenido, tal es mi conviccion; si hubieran recurrido á la vacuna; y lo que en esta circunstancia me dá tanta confianza en este escelente medio, son algunos hechos, de los cuales el acaso me hizo testigo. Además, estos hechos no son nuevos, otros médicos antes que yo habian observado iguales. En 1834 entre los numerosos sugetos que me fueron presentados para vacunar, habia dos que eran variolosos, y cuyo cuerpo estaba pintado de numerosas cicatrices; yo no me apercibí de esta última circunstancia hasta que me fueron presentados ocho días despues de la inoculacion de la vacuna para examinar sus resultados. Uno de estos individuos era soldado del regimiento de línea núm. 60, de edad de 22 años, llegado hacia poco de su pais, y á quien yo habia vacunado con muchos de sus camaradas; el otro era una jóven de 18 años. En ambos los granos se presentaron, se desarrollaron con la mayor regularidad y se revistieron de todos los caracteres de la buena vacuna, de lo cual saqué la consecuencia, que en estas dos personas, la viruela de que habian sido atacadas habia perdido toda su accion, y sin la revacunacion, á la cual fueron sometidas, hubieran como otros muchos variolosos sido atacadas por segunda vez; y de lo cual concluyo aun al presente: *que para estar completamente al abrigo de toda recidiva, los variolosos debian despues de un mayor ó menor número de años recurrir á la vacuna.* Pues como se puede presumir, lo que digo de los variolosos, lo digo indistintamente de todos los va-

cunados; porque como entre estos últimos es y será siempre difícil distinguir despues de la cicatrizacion los que han tenido una buena vacuna de los que la han tenido falsa ó la varicela, y aquellos en los cuales la vacuna tendrá una accion absoluta, de aquellos cuya accion será mas que temporal, será prudente someter á todos indistintamente á las mismas pruebas.

Mas volviendo á los resultados de la revacunacion en general, se sabe lo bastante y no tengo necesidad de insistir sobre este asunto, que la revacunacion surte tanto mejor efecto cuanto mas tiempo ha pasado de la primera vacuna; lo que indicará, como numerosos ejemplos tienden á probarlo, que la accion de esta se debilita en general todos los años; así es que se ha visto hasta ahora á los vacunados mostrarse tanto mas refractarios á las revacunaciones cuanto eran practicadas en tiempos mas próximos á una primera operacion; así es que raras veces prenden en los jóvenes, al paso que sucede todo lo contrario en las personas que han llegado á los quince, veinte y treinta y cinco años, por ser la época mas conveniente para practicarla y la mas favorable á un buen éxito.

Se conocen bastante las preciosas ventajas que han sido la consecuencia de las revacunaciones en Francia y en las naciones vecinas; han detenido la marcha de las epidemias de viruelas y las han opuesto una firme barrera.

En Inglaterra, en Wurtemberg y en Prusia, donde se han practicado en grande escala, han producido felices resultados. En Francia, donde podemos mejor apreciar los hechos, tocamos inmensas ventajas. Los hechos particulares son muy numerosos, los generales no lo son menos; no hablaré mas que de éstos, y despues diré algunas palabras de las que conciernen á mi práctica, y espero fundadamente que de la esposicion de unos y otros resultará una formal demostracion de la utilidad y necesidad de las revacunaciones. Al principio, cuando estas opiniones no tenian mas fin que el de tranquilizar las poblaciones alarmadas por la presencia de las epidemias, ya habian rendido un grande servicio, pero hoy dia no se reducen á esto todos sus buenos efectos; existen bastantes pruebas, tanto en los felices resultados de que han sido seguidos, como de la firme barrera que han opuesto á las epidemias de viruela.

Se conoce bastante bien en que proporciones se han manifestado los éxitos de las revacunaciones en los países en que han sido practicadas. Cada cual ha querido dar su cifra, lo que ha producido proporciones tan variables, que no es posible establecer nada con exactitud entre cifras tan diversas cuales son las que arrojan las circunstancias particulares en que se han encontrado los operadores y los revacunados:

Así es que según algunos médicos estas operaciones han fructificado en a mitad de sus revacunados, según otros en un tercio, en un cuarto, en un quinto y también algunos solo han obtenido resultados en un vigésimoquinto, y hasta hay otros que afirman no haber obtenido ningún resultado.

Según ya he dicho los éxitos han sido en el reino de Prusia de treinta y tres á cuarenta y cinco y también sesenta y cinco por ciento; en el de Wurtemberg desde el año 1829 hasta el de 1835 ha sido de treinta y seis por ciento, y en este último país el mayor número recae en sujetos de 20 á 30 años de edad: en Francia, durante el año 1828, en medio de una epidemia que reinó en Marsella, y que fue la primera en que se ensayaron las revacunaciones, de veinticuatro revacunados dos solamente tuvieron buena vacuna; mas tarde en 1833, de ochenta y cinco revacunaciones, que fueron practicadas en la escuela normal primaria de Versalles, hubo once buenas vacunas, y en el mismo establecimiento en 1841, se contaron treinta y dos casos buenos de noventa y tres revacunaciones. En 1839, de ciento veintiocho revacunados en el instituto de Sordos-mudos de París, de los cuales en noventa y seis eran evidentes los señales de una primera vacuna, y en siete los de viruela, se obtuvieron doce buenas erupciones, pertenecientes dos á los variolosos. En el mismo año se lograron en Nantes setenta y cuatro éxitos en doscientas diez revacunaciones, y en 1840, en Angulema, ocho en quince revacunaciones.

Si se consultan las relaciones de la Academia de medicina, se encuentra en una de ellas, en el año 1839, que de dos mil ciento noventa y nueve revacunaciones practicadas en Francia durante el año 1838, se encuentran doscientos veintitres casos en que prendió la vacuna, produciéndola buena.

Los médicos de Génova como los de otros países, han obtenido de las revacunaciones resultados bien diferentes; y si uno de ellos, el doctor Mery, ha revacunado ciento cincuenta personas casi todas con éxito, si otro el doctor Peschier, ha tenido once éxitos en veintiuna revacunaciones, si un tercero, Mr. Lomban, ha obtenido nueve buenas erupciones en diez revacunados, se vé por otra parte que el doctor Schinder ha vacunado diez y ocho sujetos sin resultado, y Mr. Delhin ha hecho cuatrocientas revacunaciones, y no ha obtenido más que cuatro éxitos dudosos.

Sea lo que fuere de estos resultados diversos y opuestos, no se patentiza menos la mayor ó menor eficacia de las revacunaciones, y la mayor ó menor utilidad de este excelente medio. Lo que se ha presentado en los países que acabo de mencionar, se presentará siempre, porque será siempre imposible de practicar estas operaciones en circunstancias completa.

mente idénticas. Yo mismo he observado estas diferencias, y ni me han sorprendido, ni impedido sobre todo recurrir á las revacunaciones cuando las he necesitado.

Mis primeras operaciones de este género datan casi de los primeros años de mi práctica médica: en efecto, desde 1825 á 1830 hice los primeros ensayos en sujetos que habia yo vacunado ó habian vacunado varios profesores desde uno, dos, tres y cinco años, y como era regular, los resultados fueron mas ó menos negativos; apenas logré una buena vacuna en mas de ciento de estas revacunaciones, y no podia suceder de otra manera. Al principio estos ensayos practicados en niños de tierna edad y vacunados desde poco tiempo, en quienes por consiguiente la primera vacuna debia encontrarse aun en toda su actividad, estos ensayos, digo, no podian dar resultado alguno. Yo no los hice por creer que fuera insuficiente la primera vacuna; si solo para complacer á los padres de los niños, que temian que las circunstancias en que se habian encontrado la mayor parte de ellos en el tiempo de la erupcion, no hubiesen alterado su marcha ó influido en las cualidades que le son propias.

Durante mucho tiempo aun obtuve poco mas ó menos iguales resultados en las raras revacunaciones que practiqué; y solamente despues del año 1850 he visto diferencias bastante notables en sus efectos, y particularmente en el año 1852. Hé aquí lo que en una memoria de este mismo año decia al prefecto del departamento de mi residencia: «persuadido de la utilidad de las revacunaciones y de las preciosas ventajas que producen, las ensayé este año en numerosas personas de todas edades y temperamentos en quienes la primera revacunacion habia dejado cicatrices mas ó menos pronunciadas. A fin de reunir todas las condiciones necesarias para el buen éxito de estas operaciones, las hice durante el verano con escelente virus vacuno de brazo. Los resultados han sido: de ochenta y siete individuos que he revacunado obtuve buena erupcion en veintidos, y fue nula en los restantes. Uno de los que han dado buena vacuna era de edad de 45 años, vacunada hacia cuarenta y cuatro presentando en sus brazos hermosísimas cicatrices, dejaban que sospechar la inutilidad de la revacunacion; la erupcion consecutiva fué no obstante tan hermosa y completa como en los individuos restantes.» En mi concepto este caso es escepcional, como muchos, y que se podria muy bien asimilarle á los de recidiva de viruela; revacuné tambien en el año siguiente, pues como en 1852 algunos casos de viruela se declararon en Rodes durante los tres últimos meses. Las erupciones no fueron tan completas, solo dejé consignado en mis relaciones sobre las operaciones de vacuna de este año, que habian estado en la proporecion de cinco á seis por ciento, y que ninguno de mis re-

vacunados fué atacado de la enfermedad. En 1854, habiendo adquirido la viruela bastante vuelo para poderla considerar como epidémica continué las revacunaciones, acercándose á mil las que constan en mi informe. Me fué imposible entonces tomar nota de los resultados; però si dejé notado, que ninguno de mis vacunados fué invadido de la enfermedad. Las revacunaciones llevan la tranquilidad al seno de las familias, y aseguran á todo el mundo, así á los que presentan buenas cicatrices de vacuna, como á los que no las presentan. En efecto; la revacunacion es la mejor garantía para preservarse de la viruela, ya resulte buena erupcion, ya sea esta nula; pues cuando así sucede, se puede deducir, que la organizacion está aun bajo la accion de una primera vacuna, lo que se comprende fácilmente. Si el éxito feliz de la revacunacion prueba de que queda alguna disposicion á la viruela, ¿no es natural concluir cuando falta, que la organizacion está aun bajo la influencia de la primera inoculacion y que falta capacidad en la misma para la viruela y para la vacuna su equivalente? Esto no es difícil de que lo comprendan aun los revacunados, en quienes no se presenta erupcion alguna.

Habiéndose declarado la viruela en el mes de Junio del año 1854 entre algunos soldados del regimiento de línea núm. 60, cuyo depósito estaba de guarnicion en la ciudad que habito, y cebándose especialmente en los últimos incorporados, cuya mayor parte ofrecian cicatrices de vacuna, adopté las medidas necesarias para evitar se extendiese á los demás individuos del batallon. Practiqué la revacunacion y habia ya revacunado en tres sesiones á noventa y un soldados, cuando con gran sentimiento mio, la órden de marcha de la mayoría de los individuos del depósito, vino á suspender la medida profiláctica, que habia creido necesaria, para la buena salud de los soldados. Aunque fueron pocos los individuos revacunados, los resultados no dejaron de ser muy satisfactorios, pues de los noventa y un revacunados que todos eran de edad de veintiuno á veinticuatro años, obtuve cuarenta y siete erupciones verdaderas, y tales, que la vacuna recogida de algunos de ellos y trasmitida á otros individuos, produjo á su vez hermosísima y buena erupcion. Se encuentran estos últimos datos, en la carta que escribí respecto de este asunto al Ministro de la Guerra el 16 de Setiembre de 1855.

He revacunado despues y lo habia hecho muchos años antes en varios establecimientos de esta ciudad, cuyo personal muy numeroso, revacuno con frecuencia; y los resultados que obtuve siempre, han sido bastante pronunciados y satisfactorios, para resolverme á considerar esta práctica feliz como la sola verdaderamente buena, la única eficaz y la sola que conservará su reputacion tan merecida, como preservatriz de la viruela.

Hemos visto cuales han sido los efectos de las revacunaciones en los individuos que la han sufrido: examinemos ahora los resultados y la influencia que han reflejado sobre la viruela, especialmente en las epidemias de la misma.

Si consultamos los hechos, vemos desde un principio que la revacunacion ha tenido casi siempre, y aun diré siempre, la influencia mas feliz, una accion poderosa sobre la viruela, cuyos ataques ha prevenido en los individuos y en la salud pública, por haber disminuido y aun detenido las epidemias donde quiera que se hayan presentado.

Asi es que en la epidemia de Marsella de 1828, que como ya dije, fué la primera, en la cual se ensayó la revacunacion, practicándose con mucha reserva y hasta con timidez, ninguno de los revacunados, aunque en algunos el resultado era incompleto, fué atacado de la enfermedad.

En la epidemia de Nantes en 1839 ciento diez personas revacunadas fueron todas preservadas de la enfermedad, aunque en algunas los resultados de la operacion fuesen incompletos.

En Strasburgo, durante la epidemia de viruela de los años 1836 y 1837, el Dr. Newman revacunó seiscientos ochenta y cinco personas, que todas fueron respetadas por la enfermedad.

Habiéndose declarado una epidemia de viruela en el colegio de Soresse en 1841, y atacado ya cuarenta y dos de sus alumnos, se observó que los dos que no habian sido vacunados, estuvieron de suma gravedad, en tanto que en los restantes todos vacunados la marcha de la viruela fué benigna. El Dr. Millot, para detener la epidemia que amenazaba invadir á todos los alumnos, revacunó los muchos que no habian sido aun atacados, y se suspendió la epidemia.

En 1845, en el Hotel-Dieu se recibieron muchos variolosos; para preservar á los demás enfermos Mr. Magendie los sometió á todos á la revacunacion. Gracias á esta sábia medida, el contagio se contentó con los que habia invadido fuera del hospital, pues en este establecimiento no se presentó caso alguno.

En una epidemia de viruela, que en 1849 atacó con mucha violencia el canton de Ustarits (bajos Pirineos), cuatrocientos invadidos fueron revacunados y todos se preservaron de la viruela.

A la revacunacion se debe que en el canton de Auteriver, departamento del alto Garona, se detuviese una epidemia de viruela, que principiaba á manifestarse aun entre los vacunados.

Tambien se debe á la revacunacion la suspension de las epidemias de viruela que invadieron las cercanías de Oleron, en Laon y los departamentos del Somme, Saone y Loira y otros muchos puntos.

Si de todos estos hechos ya conocidos, paso á los que me son propios, y he tenido ocasion de observar en varias circunstancias, veremos que como los demás tienden á demostrar la grande utilidad de la revacunacion.

La ciudad que habito contiene de doce á quince mil habitantes. Hacia fines de 1833, se declaró en ella una epidemia de viruela y continuó cebándose durante los tres primeros meses del año siguiente; doscientas veinte personas, entre las cuales se contaban algunos vacunados, fueron invadidas las mas de mucha gravedad (viruela), las otras ligeramente (varioldes); sucumbieron seis.

Como era regular, se alarmó la ciudad, y los temores que se acrecentaban á medida que la epidemia progresaba, amenazando todos los barrios, inspiraron á la poblacion como igualmente á los médicos el deseo de poner un término á ella. La vacunacion se practicó á muchisimos individuos que aun no la habian sufrido y se revacunó á varias personas vacunadas desde mas ó menos tiempo; hasta en algunas, que lo estaban mas de cincuenta años. Por mi parte revacuné á mas de mil personas; ninguno de mis revacunados, fuese qualquier el resultado de la operacion, sufrió la viruela. Gracias á esta medida general, á la cual no se sometió sin embargo sino una corta parte de la poblacion, la epidemia cesó, y ciertamente su fin debe atribuirse á la revacunacion.

Lo que acabo de decir respecto de los habitantes, se aplica enteramente á los alumnos de muchos establecimientos y entre otros á los del Seminario de filosofia en número de ciento veinte, á los de teología en número de ciento treinta y á los del seminario pequeño de san Pedro en número de doscientos. La epidemia se enseñoreó del primero de estos establecimientos; habia ya atacado á ocho alumnos, cuando fui invitado á revacunar á todos los que la enfermedad respetára, todos se preservaron. La viruela no habia aun penetrado en el Seminario de teología cuando revacuné á los alumnos, y no hubo ni un varioloso: en fin, habiendo sido atacados algunos alumnos del de san Pedro, todos los demas fueron revacunados y preservados de la epidemia.

Entre todos estos alumnos, cuya edad en los dos primeros establecimientos es de veinte á veinte y seis años y en el tercero es de ocho á diez y seis, el mayor número presentaba cicatrices de una primera vacuna; á pesar de ello, la revacunacion surtió efecto entre los primeros en la proporcion de uno por doce, y entre los últimos en la de uno por veinte.

Algunos años antes en otra casa de educacion, en la que se contaban cerca de cuarenta alumnos, cuya edad no pasaba de los catorce años, habia obtenido poco mas ó menos los mismos resultados.

Ya he dicho algo de una epidemia de viruela , que se declaró en el mes de Junio de 1834, entre los individuos del depósito de un regimiento de guarnición en la ciudad que habito , durante la cual revacuné con bastante éxito á todos los individuos disponibles de este batallon; pero no dije, que despues de la revacunacion , la epidemia de viruelas cesó al momento.

En fin , he vacunado desde mas de treinta años y revacuno desde mas de quince la parte de la poblacion flotante de los niños encontrados ó abandonados en el hospital general de esta ciudad , cuyo número se eleva á cerca de doscientos , y cuya edad varia de ocho á veinte y cinco años; practico la misma operacion hace mucho tiempo tambien en los huérfanos , que habitan en una de las dependencias del Hotel-Dieu , y cuyo número es de cuarenta á cuarenta y cinco , siendo su edad de seis á veinte años. Todos estos individuos se encuentran colocados en circunstancias muy favorables para la viruela , los primeros en un hospital y los últimos en el Hotel-Dieu , establecimiento en el cual los variolosos de todos sitios son admitidos y tratados , y no obstante , en ninguno de ellos se ha declarado nunca un solo caso entre los enfermos antiguos , gracias á la práctica anual de la revacunacion. A esta sabia práctica , á la que someto cuanto me es posible á todos los vacunados sin escepcion , debo el haber preservado hasta el dia á los grandes establecimientos y á una multitud de personas de los estragos de la viruela ; y si la practico indistintamente á todos , ha sido menos por necesidad , que por no serme posible distinguir con seguridad y á *priori* los vacunados , que debian aun algo á la viruela de los que la habian pagado el tributo por entero ; obrando así , seguia en mi concepto los consejos de la prudencia , pues es muy sensible , que carezcamos aun de signos propios para distinguir los vacunados cuya indemnidad está asegurada , de los que carecen de ella en sentido absoluto. Si estos signos existieran , no se revacunarían mas que á los últimos , mientras sea incierto se revacuna ó se debe revacunar á todo el mundo. Se hace es verdad , para algunos una operacion inútil; pero cuando las luces de la ciencia faltan , se toma consejo de la prudencia , tanto mas cuanto la sencillez de la inoculacion es insignificante y autoriza al Médico para repetir: que la vacuna no debe causar la menor aprension , ni por su inoculacion , ni por sus consecuencias.

Segun es fácil de ver y deducir de esta larga série de hechos que acabo de referir sucintamente , la revacunacion , remediando la insuficiencia de una primera vacuna , prolonga la duracion de su accion y puede hacerla indefinida.

Creo haber demostrado por todo lo que precede , por los numerosos hechos referidos y por las conclusiones que he deducido al fin de su exámen , que la vacuna , cuando actúa bajo la forma de una pústula verdadera con

todos los caracteres que le son propios y que le han sido asignados ; posee una accion absoluta ; que la vacuna no se presenta siempre bajo esta forma ; que con mucha frecuencia dá lugar á otras erupciones , tales como la falsa vacuna y la vaccinela ; que si aquella no posee absolutamente cualidad alguna , no sucede lo mismo con la vaccinela ; que bajo esta última forma la vacuna no tiene mas que una accion temporal , cuya duracion puede fijarse en general de doce á quince años ; que particularmente á esta última erupcion se deben la mayor parte de los casos de viruela despues de la vacuna , que se han observado desde mucho tiempo , y que se observan aun todos los dias ; que no hay medio de impedir y prevenir esta erupcion , pues que ella es comunmente la consecuencia de vicios constitucionales y de temperamentos defectuosos ; y que estas constituciones viciadas serán siempre , ó casi siempre un obstáculo para la produccion de una verdadera vacuna , cuya accion preservatriz sea absoluta ; que no hay mas que un medio , pero seguro de completar ó á lo menos de renovar las cualidades insuficientes de la vaccinela y de prolongar indefinidamente su accion y este medio como ya dijimos no consiste mas que en la revacunacion ; que para que se puedan obtener de la revacunacion todos sus efectos , es menester que se proceda á ella con frecuencia en especial veinte años despues de una primera vacuna y despues cada diez años generalizándose á todo el mundo indistintamente , aun á los mismos que hayan sufrido la viruela .

Si fuésemos bastante felices para conseguir que se adoptará este medio practicándose con todo rigor , se veria pronto el fin de la viruela y se podria con justa razon decir de este medio lo que no ha mucho manifesté al Prefecto de este departamento en un informe sobre las vacunaciones de 1836 ; «útil en todos los tiempos , pero mas particularmente en el de epidemia ; la revacunacion si es practicada con frecuencia y en general pondrá fin á estas epidemias mortíferas que diezman las poblaciones , evidenciándose á todo el mundo , hasta á los incrédulos la verdad de que la vacuna es y será siempre un poderoso medio profiláctico y el único que pueda librar la constitucion de los atentados de la viruela . » — Concluyó afirmando , que el virus vacuno tiene una accion absoluta en gran número de casos , y temporal en la mayoría de los restantes ; que el solo y verdadero medio de restablecer su virtud en todo su poder y de darla una accion indefinida ó absoluta es la revacunacion .

Me queda ahora que examinar la segunda cuestion del programa concedida en los términos siguientes : ¿Las enfermedades que se atribuyen á la vacuna , deben referirse á esta ? confirmese la opinion que se emita , ó dedúzcase de hechos prácticos .

Como todos los descubrimientos , como todas las cosas buenas y útiles ,

la vacuna, que tuvo muchos admiradores y celosos partidarios, tuvo tambien sus enemigos y detractores. Si los unos proclamaban en voz alta los beneficios de este excelente medio: si con el apoyo de sus opiniones obtuvieron efectos maravillosos, siendo el principal el aniquilamiento de una enfermedad terrible y frecuentemente mortal; si trazaron á porfia el cuadro de las enfermedades, que la erupcion vacunosa habia calmado y hasta curado en muchos, si fueron bastante afortunados en la historia de las afecciones, que la vacuna habia remediado, asi como de los temperamentos profundamente linfáticos, casi escrofulosos, que habia modificado y mejorado; los otros á su vez la acusaron de ser impotente y hasta peligrosa para la especie humana, y en su triste ceguedad, declarándose enemigos jurados de la vacuna, se mostraron sus detractores acérrimos, cerrando los ojos á los hechos mejor establecidos, cuya evidencia debia haber sofocado los juicios apasionados, que se apresuraron á manifestar contra la vacuna; llamaron en su auxilio una multitud de enfermedades y acusaron á la vacuna de ser la única ó por lo menos una de sus causas.

Esta oposicion bien deplorable sin duda, que constituyó á sus autores, sordos á todos los racionios y á los hechos mas concluyentes y mas auténticos fué desaprobada por el Comité central de vacunacion establecido en París, cuya corporacion manifestó toda la injusticia que envolvia en uno de los numerosos informes que publicó, precisamente en los primeros años de la introduccion de la vacuna en Francia.

En efecto, en uno de estos informes se lee: la multiplicidad de las observaciones á la vez que nos instruyen nos dejan especialmente notar, que este género de argumentos estendidos á otras cuestiones de la ciepcia podian paralizar los progresos de ella, pero estos mismos progresos demostrarian sin duda su débil fuerza. En efecto; ¿cuántas sustancias nuevas sacadas de diferentes animales se emplean en su estado natural como medicamentos dados al interior? ¿por qué no nos oponemos al uso de estas sustancias pudiendo tener los mismos temores de virus estraños con los que pueden estar mezcladas, de su desarrollo posible con el tiempo, de enfermedades nuevas, que pudieran ocasionar? en fin, observamos que en la práctica de la vacuna se han tomado todas las medidas de prudencia, de reserva y de atencion que en los demas ensayos, á que nos entregamos todos los dias acerca remedios nuevos; de aqui, pues, atacar con esta arma la nueva inoculacion, es lo mismo que formar el proceso á todos los descubrimientos de este género y decretar su destierro.

Asi es como por racionios fundados, basados en la moderacion, en la prudencia y en una severa justicia se contestaba entonces á los detractores de la vacuna, y se esforzaba en reducir al silencio estas ma-

lignas declamaciones apoyadas en hechos contrarios, que personas mal intencionadas no cesaban de oponer á los laudables esfuerzos que el partido mas sano y mas numeroso del mundo médico hacia, para repartirla y propagarla entre las poblaciones, en medio de las cuales y á causa solo de preocupaciones infundadas penetraba lentamente, muy lentamente por cierto para el bien que se habia de sacar; porque entonces como ahora, en Francia como en otros paises, una gran porcion de las poblaciones consentian la vacuna, mas bien que la aceptaban.

Yo quisiera en el exámen que voy á hacer, de todo lo que se dijo en otro tiempo contra la vacuna y de todo lo que se ha publicado despues, imitar la moderacion que se encuentra en la nota del Comité central de vacunacion, de que acabo de hablar; quisiera sobre todo, que en el exámen de las enfermedades y de los inconvenientes que gratuitamente se la han atribuido, pudiese resaltar la evidencia de los errores en que han caido los enemigos de la vacuna, y demostrar, que todo lo que se ha dicho contra ella, no ha sido mas que el resultado de una grosera ignorancia, de prevencion culpable ó de insigne mala fé.

Se habia creido en otro tiempo, que las pústulas de la viruela eran un medio depurativo de que la naturaleza se valia para desembarazar la economía animal de una multitud de vicios ó de humores, que se consideraban como otras tantas causas de enfermedades, y cuya estancia en el cuerpo no podia menos de llevar funestas consecuencias. Partiendo de esta hipótesis sumamente gratuita porque nada la autorizaba, algunos médicos y otros no médicos habian combatido la inoculacion variólica, porque disminuyendo la viruela detenia la naturaleza en sus esfuerzos, y la impedia desembarazarse completamente de los humores existentes en el cuerpo, de los cuales debia librarla la viruela natural.

Lo que se habia dicho contra la inoculacion variólica, se dijo luego de la vacuna cuando por su feliz descubrimiento quedaron demostrados en Europa sus primeros efectos y grandes resultados. Entonces los enemigos de la inoculacion de la viruela se sublevaron contra la de la vacuna considerándola como mas desastrosa aun que la de aquella; porque si la de la primera no oponia segun ellos mas que algunos obstáculos al trabajo eliminatriz de la naturaleza, la de la segunda le aniquilaba completamente; de aqui los numerosos gérmenes de enfermedades que quedaban alojados en el organismo de los vacunados. Así es, que despues de haber negado la eficacia de la vacuna y de haberla declarado impotente para obrar el bien, la consideraron nociva y se esforzaron en proscribirla, procurando que se rehusára su inoculacion.

Tales fueron los escollos que se presentaron en otro tiempo para la

introduccion de este profiláctico, cuya sola culpabilidad consistia en los felices resultados que de ella se obtenian. Tales fueron las calumnias que se la levantaron para impedir su propagacion y oponerse á los esfuerzos de los que proclamaban su poder, quienes sin arredrarse de estas vanas é impotentes declamaciones, continuaban sus trabajos y recogian los numerosos hechos de que debían servirse muy pronto para combatir y destruir no hechos, porque los adversarios de la vacuna no los presentaban, sino sus aserciones tan injustas como erróneas.

Efectivamente, por hechos y únicamente por hechos los promovedores de la vacuna hicieron callar á sus contrarios; solo con hechos contestaban sus vanas declamaciones. Demostraron los felices resultados de la vacuna y la multitud de los vacunados, que impunemente habitaban entre los variolosos, poniéndose en contacto con ellos, recibiendo sus emanaciones, impregnándose de sus humores, y hasta inoculándose el liquido que salia de sus pústulas variolosas. Compararon la regularidad de las facciones de los vacunados, la de las formas, el buen estado de la salud así en general como en los diversos órganos, con las facciones, las formas y las enfermedades de los que la viruela habia atacado. Llamando la atencion del público sobre estos cuerpos torturados, marcados con profundas cicatrices, con los párpados ranversados y con todos los accidentes, que hacen el aspecto de los variolosos mas ó menos desagradable ó asqueroso, es como imponian silencio á los declamadores. Seguian combatiéndoles con las tablas de mortalidad, que habian podido recoger durante y despues de las epidemias de viruelas, y cuyos guarismos eran capaces de hacer titubear las convicciones mas fuertes, sino hubiesen estado sostenidas por una prevencion tan violenta que no les permitia distinguir á esos señores la verdad del error, impidiéndoles la concepcion de otras mas sanas y mejores.

¿Habia en efecto algo mas adecuado para lograr la conversion de los obstinados, que estas historias de epidemias que llevaban sus estragos á todas partes, encarnizándose especialmente en aquellas poblaciones cuyos moradores habian visto llegar la viruela espontáneamente? Allí se desarrollaba con toda libertad, diezmaba la poblacion y dejaba en la frente de los que se salvaban la marca indeleble de su paso y de su violencia. ¿Y no resultaba en verdad de todas estas historias, que si antes del descubrimiento de la vacuna, la viruela hacia estragos en las partes en que la inoculacion variólica estaba en uso, los hacia aun mayores y mas desastrosos en los países en donde no se practicaba?

En América fue en donde se vieron los efectos mas mortíferos; pues redujo terriblemente el número de los indígenas de la California, y causó muchísimas desgracias entre los habitantes del Paraguay. Vancouver, que refiere

estos hechos, dice, que habia recorrido en la costa Nord-oeste de América mas de cincuenta y ocho millas sin haber encontrado mas que ciento cincuenta habitantes, aunque vió una multitud de pueblos bastante grandes, pero completamente desiertos y en los cuales se encontraban aquí y allí esqueletos humanos. No era el terror lo que habia desolado estos pueblos; los indígenas se presentaban á los ingleses sin desconfianza ni temor; sus rostros estaban en general rudamente maltratados por la viruela, de la cual procedia la disminucion de su poblacion. Las epidemias de viruela, que reaparecian cada quince ó veinte años, eran siempre tan mortíferas, que la de 1779 quitó á Méjico solamente mas de nueve mil personas, no siendo menor en el Egipto, segun relacion de Desgenettes, así como en otros muchos países. ¿Era, pues, ó no la mas mortífera de las enfermedades?

Con la relacion de todos estos hechos y con la de otros muchos, que seria pesado referir, era como nuestros predecesores, que acogieron la vacuna y que la propagaban mejor, cuyo imperturbable celo no será jamás bastante alabado, era, decíamos como combatian las atrevidas aserciones de los detractores de tan feliz descubrimiento y como repelian las declamaciones de todos estos observadores superficiales, que no veian ó no querian ver en la vacuna mas que peligros y nada mas que peligros. Para mejor convencerles y prevenir á la vez la ligereza y la injusticia de sus asertos, despues de haber puesto ante su vista el triste cuadro del cual nosotros dimos un ligerísimo boceto, presentaban el de las enfermedades, que por la vacuna recibian modificaciones altamente favorables.

Los desastres que la viruela sembraba en todas partes, ofrecian pruebas exactas y numerosas de este juicioso medio. Así es que se multiplicaban los testimonios en favor de la vacuna, cuya accion no se limitaba solamente á prevenir y detener una de las enfermedades mas graves á que estaba sujeta la especie humana, sino que estendia aun su influencia á los temperamentos, á los cuales imprimia un desarrollo saludable, y á las enfermedades que suavizaba y acaso las curaba por completo.

Los médicos así de Francia como de las naciones vecinas, que recogieron en esta lucha el fruto de su esperiencia y de sus observaciones, daban numerosísimos testimonios de los resultados diversos, pero siempre felices de la vacuna. No podian quedar indiferentes á los ataques injustos, que se la dirijian, ni rehusar su concurso, dejando de publicar estos felices experimentos. No citaré mas que algunos, lo que será suficiente segun creo para demostrar la exactitud de los hechos, en los cuales se fundaban, para proclamar la diversidad de accion de la vacuna.

El Dr. Krauss de Nuremberg refiere en su tratado de la inoculacion de la vacuna, que publicó en 1820, muchos ejemplos de niños atacados de

tiñas y de escrófulas, cuya curacion habia apresurado la vacuna ó por lo menos disminuido su intensidad. Cita entre otros un buen número de niños atacados de afectos escrofulosos, que se encontraban ya en un estado de debilidad y de marasmo bastante pronunciado, en los cuales la vacuna produjo un movimiento saludable, á consecuencia del cual sobrevino el mas favorable é inesperado cambio.

Iguales hechos habian sido observados y publicados en Francia. El informe del Comité central de vacunacion al Ministro del Interior sobre las inoculaciones de vacuna practicadas durante el año 1820, cita MM. Dufour de Lectoure, Henneguis de Charleville, Remy de Chatillon sur Marne, Pechinat de Ormer, y Guyetant de Lons sur Saulnier. Todos estos médicos hablan de niños atacados de la coqueluche y del catarro pulmonar en los cuales la vacuna habia producido una mejoría notable, y hasta habia proporcionado la curacion. El mismo informe hace mencion de muchos casos de costras lácteas curadas por el mismo médico y de los cuales los Doctores Nosset y Gueury de la Meurthe, Heurionet de Briulles sur Bas, Polge de Vigan, Mopinot de Frimes, Merllat de Blaune y Picot de Courtenay dan las historias, en cuyo número se encuentra un hecho de curacion bien notable. Un niño de seis meses padecia desde su nacimiento la costra láctea estendida por la cara, el pecho y los brazos; la abundante supuracion le aniquilaba; Mr. Leville obtuvo la vacuna por diez y nueve picaduras, que practicó en las espaldas, en los muslos y en las mismas costras; una viva fiebre se desarrolló desde el sétimo al décimo dia, y contando desde esta época las costras se desecaron, y el niño adquirió lentamente un excelente estado de salud.

Además de los médicos que acabamos de nombrar, el informe cita á otros entre quienes constan MM. Robillan de Meslai le Vidame, Goly de Chesmins, Desjardins de Bonyague cerca de Reims, y Barmy de Limoges, quienes habian obtenido la curacion de los herpes por el uso de la vacuna.

Resulta aun de este informe, que además de las enfermedades vistas la vacuna influye muy favorablemente en los afectos escrofulosos, en la sordera y hasta en la misma epilepsia.

Así es que las escrófulas, ora presenten por síntomas oftalmias rebeldes, ora tengan su asiento en las glándulas del mesenterio, en las del cuello, ó en las articulaciones, experimentan con mucha frecuencia la accion favorable de la vacuna. Entre las observaciones recogidas sobre este asunto por muchos de los corresponsales, dice el informante, y entre otras que lo fueron por MM. Remy y Lloret de Leymey, Neumequis de Charleville y Barrot de Gencay, referiremos las dos siguientes.

«Una jóven de Viné padecia desde cerca de ocho años una hinchazon de

las glándulas del cuello, que habia resistido á todos los medios empleados hasta entonces por la medicina. Mr. Hardi-Martiniere practicó doce picaduras sobre el tumor del cuello y ocho sobre los brazos; nueve granos se desarrollaron en el cuello durante los ocho primeros dias, la hinchazon disminuyó mas de tres cuartas partes, y quedó estacionaria despues de esta época.

Una jóven del departamento de la Meurthe tenia un tumor blanco en la articulacion de la rodilla izquierda; fue vacunada por medio de veinte picaduras sobre la parte enferma, veinte granos parecieron y siguieron la marcha ordinaria; á la caída de las costras la hinchazon habia disminuido la mitad, y desapareció completamente por la aplicacion de un vegigatorio volante.

Se debe aun á la vacuna la curacion de una sordera muy intensa que padecia la hija de un leñador de los Alpes; enfermedad, que tratada por mucho tiempo sin éxito, fué perfectamente curada, sosteniendo la supuracion de veinte granos que se habian desarrollado.

Aun la epilepsia, enfermedad cuya esencia es tan poco conocida y cuyos efectos son tan terribles ha sido combatida con algun éxito por la vacuna. Mr. Dufour ha observado, que si en algunos individuos, que el habia vacunado, la enfermedad no habia sido completamente curada, habia á lo menos disminuido mucho. Mr. Deschamps de la Meurthe ha visto dos epilépticos, que padecian accesos cada diez dias, y que durante los tres meses, que siguieron á su vacunacion, gozaron de la mas perfecta tranquilidad.

El Dr. Pignot de Yssondus ha sido testigo de dos casos poco mas ó menos semejantes. Un niño de la villa de Lury de edad de un año, habia sido atacado con frecuencia de epilepsia; despues de la vacunacion los ataques se hicieron menos frecuentes, y en fin desaparecieron para siempre. Otro niño de la misma edad presentaba diez ó doce veces por dia movimientos epilépticos; despues de la vacunacion estos accesos se hicieron muy ligeros, y no se presentaron mas que una vez á la semana, desapareciendo luego absolutamente.

El informe, del cual acabo de citar algunos fragmentos, emanaba de una reunion de hombres instruidos y concienzudos. Escrito en términos escogidos á la par que moderados, demostraba la grande eficacia de la vacuna, y probaba así por los hechos como por el racionio su poderosa influencia en la economía animal, y en el aumento de la poblacion en los paises que estaba en uso; hacia notar sobre todo la accion interior de la vacuna, cuyos efectos imprimian á la economía animal una reaccion con frecuencia inapreciable, que no se escapaba sin embargo á la observacion atenta de los médicos

y que facilitaba la esplicacion de los hechos manifestados, demostrando de la manera mas incontestable la influencia de la vacuna sobre algunas enfermedades que atenuaba, que mejoraba y que aun llegaba á curar. Despues de haber probado por numerosos ejemplos su acción poderosa y absoluta en la viruela, cuya invasion prevenia y en las epidemias variólicas, que sofocaba por decirlo así en su nacimiento, robándolas una multitud de victimas, se deducia por consecuencia precisa el aumento de la poblacion; lo cual además resultaba de cálculos positivos emanados del Prefecto del Saona y Loira, del comité médico de Amiens y de otros muchos médicos, que habian consignado los mismos hechos en sus informes. Todos iban acordes en sostener, que desde que la viruela, esta causa tan activa de muerte, se habia hecho mas rara donde se practicaba la vacuna, la poblacion debia haber aumentado con toda la cantidad de individuos, que este contagio arrebatava; prueba la mas fuerte y mas convincente, que se podia producir en favor de la nueva inoculacion, cuya acción benéfica y salútfera tanto se obstinaban algunos individuos en negar. Se decia, en fin, que comparando todas estas ventajas con los desastres que la viruela traia tan á menudo en pos de sí, no podia menos de sorprender la resistencia que oponian aun algunos médicos y ciertas personas á la adopcion de un método tan fácil y tan seguro.

Oponiendo los hechos á las aserciones vagas, erróneas, y sin fundamento era como se combatian las tristes calumnias, que algunos entendimientos prevenidos ó de mala fé, echaron sobre la vacuna. Es preciso convenir, que esta era la única y verdadera manera de destruir errores, cuya propagacion no tendia á nada menos que á proscribir la vacuna. Esta conducta tuvo muchos imitadores, y los que creyeron no deber seguirla, no espresaron menos su simpatía por este escelente medio y su opinion contra sus detractores. Hé aqui además como respecto de este asunto se espresaba en 1823 una comision de la Sociedad Real de Medicina de Burdeos al fin de su informe sobre una epidemia de viruela, que al parecer atacó á muchas personas vacunadas y que se habia manifestado en el departamento de la Gironda. «En cuanto á las preocupaciones, que algunos tienen sobre la pretendida ineficacia de la vacuna y sobre las enfermedades que suponen ser su consecuencia, la comision cree, que estas declamaciones erróneas, hijas de la ignorancia y de la mala fé, no merecen una séria refutacion.»

«En efecto, dice aun esta comision, de treinta mil vacunaciones cuyo éxito está atestiguado por la correspondencia, además de un número mucho mas considerable, que no está mas que indicado, no se encuentran mas que doce casos de viruela, que se supone en personas vacunadas, y que un exámen escrupuloso y razonado ha reducido á dos; con la restriccion de

que la especie de viruela de que fue atacado uno de estos dos individuos era diferente en su curso del de la viruela epidémica.»

Creí terminar aquí mi trabajo, porque de lo que acabo de referir, resulta según creo, la solución mas exacta y mas perfecta de la segunda cuestión del programa; ¿y qué podría añadir de mas concluyente y mas á propósito para destruir completamente las aseveraciones emitidas por los detractores de la vacuna que los hechos de que acabo de hablar y las autoridades que acabo de invocar? Pero como á los antiguos detractores de la vacuna se han sucedido otros nuevos, como á las rancias declamaciones se han añadido otras nuevas, y que las acusaciones vagas é indeterminadas han sido reemplazadas por acusaciones mas directas, y que en fin á las enfermedades que no se designaban, han sustituido enfermedades, que se designan positivamente, y cuya causa se ha dicho que es la vacuna, voy á continuar el exámen de esta cuestión. Estoy persuadido que de mis nuevas investigaciones resultará lo que resultó en otro tiempo, ó sea la siguiente verdad: *que la vacuna ha tenido siempre una acción eficaz y salutífera sobre el hombre y que nunca le ha sido nociva.*

El Dr. Eymard en su folleto que tiene por título: ¿Es cierto que la vacuna ejerce una influencia favorable en la salud pública y en la población del Reino? que dirigió en 1828 á la Academia Real de Medicina, despues de haber hablado de la acción de la vacuna en favor de la cual se pronuncia desde el principio, añadía luego que esta acción era demasiado poderosa, sentando en buenas palabras, que la vacuna era escesivamente perservatriz de la viruela. Espresándose por este estilo probablemente queria insinuar que era una compensación funesta de las ventajas que reportaba; pues que en lugar de la viruela quedaban otras enfermedades no menos graves tales como la fiebre cerebral, el crup, la tisis, las escrófulas.

Ved aquí una particularidad estraña; ved aquí un médico que á la vez se declara partidario y contrario de la vacuna, y que para remachar su opinion se ve obligado á demostrar los grandes inconvenientes de que la acusa; se ve obligado á probar y á reconocer su poderosa acción contra una enfermedad cuya presencia infundía el terror en las poblaciones, á cuyos habitantes diezaba. Aceptada esta parte última de su declaración, que está muy de acuerdo con las ideas de la parte mas sana y numerosa del mundo médico, sancionada además plenamente por la esperiencia, vamos á ver lo que habia de fundado en lo que se refiere á los inconvenientes graves de la vacuna, pues que según dijo es la causa de la fiebre cerebral, del crup, de la tisis, de la raquitis, y de las escrófulas.

Tenemos, pues, muchas enfermedades y por cierto que si pudiera probarse que la vacuna las ocasionára, debiera desecharse desde luego; pero....

no nos precipitemos; este medio excelente, como dijo cierto profesor distinguido, resultará inocente de la acusacion; él no impone en el pleito condicion alguna en su favor; los beneficios que produce son limitados, pero sin mezcla, y se pueden aceptar con la mayor seguridad.

La vacuna se dijo ocasiona la fiebre cerebral, el crup, la tisis, el raquitismo, las escrófulas, y aun despues se añadió que era el origen de las enfermedades cutáneas crónicas y del tifo. Pero dónde se prueba? Ni se dice, ni en parte alguna se encuentra un ejemplo, ni el menor hecho que responda en favor de un aserto tan atrevido. ¿Acaso estas enfermedades son nuevas en los cuadros patológicos? ¿No han existido siempre? ¿Tal vez no se conocian antes de la introduccion de la vacuna? ¿No atacaban antes sin misericordia á los que habian padecido la viruela, pues que entonces casi todos la habian sufrido, y á los que no la sufrieron nunca? Y si estas enfermedades atacaban á los que habian padecido la viruela del mismo modo que á los que no la sufrieran, aserto incontestable, cuya prueba contraria no podrá darse, ¿por qué y en qué concepto debieran librarse hoy los vacunados, siendo así que han invadido á toda clase de personas sin la menor escepcion? ¿A qué viene acusar de su presencia á la vacuna? Aun mas: ¿por qué antes no se acusaba, ni se acusó despues á la viruela, de ser la causa de algunas de estas enfermedades, cuando estas venian á manifestarse en los que hubiesen padecido ó estuviesen sufriendo la primera? Esta acusacion seria absurda, tanto como la que se hace á la vacuna; esta ni aquella no tienen mas privilegio que el que se les ha señalado, y reconocido siempre, no poseen otro; las personas marcadas con las cicatrices de la viruela ó de la vacuna no por esto se han de librar de las enfermedades restantes.

Acusar á la vacuna con tal vehemencia y no acusar la viruela es soberanamente injusto: ¿pero dónde existe la prueba en que se funda esta acusacion? Dije y repito que ni existe, ni es posible que se presente alguna. No hay ejemplo de haberse manifestado el menor de estos afectos á un vacunado, cuya causa directa se justifique ser la vacuna; estoy cierto que no se presentará un ejemplo, pues que si lo hubiere no hubiese dejado de publicarse. Se objetará sin duda que no hay paridad entre la viruela y la vacuna, que hay diferencia inmensa entre una y otra; que existe entre el trabajo patológico de la primera y la acción que produce la segunda; que son muy diversos los accidentes que se manifiestan en aquella y los que se manifiestan en esta; que si los de la viruela son intensos y con frecuencia graves los de la vacuna son ligeros y poco perceptibles, y que estas diferencias se observan en el individuo, siendo los efectos diversos segun sufra la viruela ó la inoculacion de la vacuna. Sin duda tendríamos presentes estas

diferencias si la esperiencia confirmase las opiniones que se sustentan; lejos de esto las destruye, pues que hemos visto á individuos bien manchados de viruela que han padecido y padecen la fiebre cerebral, el crup, la tisis, la raquitis, las escrófulas, los afectos cutáneos crónicos y la fiebre tifoidea.

Ultimamente; si se quiere otra prueba de lo gráuito y absurdo de tal acusacion recórrase la historia y en ella se verá, que despues del descubrimiento de la preciosa linfa los afectos que se la atribuyen ni se han observado con mayor frecuencia, ni con mas intensidad, ni han sido mas peligrosos que antes. Los autores se callan, los médicos imitan su silencio; y si aquello llevase algun fundamento ¿no se diéra ocasion de observar los citados afectos ó alguno de ellos, ya en la forma esporádica y tal vez en la epidémica, sobre todo en aquéllos países donde todos sus habitantes son inoculados de la vacuna? Nada de esto hay, nada se observa de particular acerca de estas enfermedades, nada que llame la atencion del mundo médico, nada que inspire el menor recelo á las poblaciones. Esas enfermedades se presentan hoy cual se presentaban en los tiempos que la viruela se estendia por todas partes, sin que se pusiese obstáculo á su desarrollo, á su marcha, ni se previniesen de modo alguno sus repetidas apariciones.

Esas enfermedades se ofrecen hoy al observador como se les ofrecian á los antiguos, sin ser de modo alguno mas frecuentes; no hay quien pruebe lo contrario; de mí sé decir, que despues de mas de treinta años de práctica continua en los hospitales, en las cárceles y en esta ciudad donde resido, ni he visto, ni observado particularidad alguna en mis clientes, que pueda inspirarme el cuidado mas leve. Nunca observé enfermedad alguna, que con razon pudiese atribuirse á la vacuna; bien lejos de esto constantemente me ha servido en la curacion de algunas, en la mejoría de otras, y en la modificacion sensible y siempre favorable de otras muchas. Entre los infinitos enf. rmos que durante mi práctica he dirigido he visto muy pocas fiebres cerebrales, aun menos afectos crupales; la tisis es cierto que la traté con frecuencia, pero nada tiene de particular en un país que está sujeto á las variaciones rápidas atmosféricas. Tambien he visto á menudo la raquitis y las escrófulas, afectos ambos casi de igual naturaleza, y cuyas causas son parecidas; pero se observan aquí donde se vacuna mas, lo mismo que en otras partes donde se vacuna menos, y lo mismo antes que despues del descubrimiento de la vacuna han reinado y reinan en proporciones bastante idénticas.

Dije que estas dos últimas enfermedades se ven con igual frecuencia en los puntos que se vacuna mucho que en los puntos donde se escasea la

inoculación, y tengo la prueba sin salir de este departamento. Muchos escrofulosos y no pocos raquiticos se ven en el campo; no tantos en las ciudades y precisamente es en estas donde se inocula mas linfa, y donde segun los novadores debieran observarse mas número de aquellos enfermos. En los pueblos escasea la linfa; en las ciudades hay mil medios de procurársela; en esta de mi residencia hace mas de treinta años la vacuna está á disposicion de todo el mundo durante mas de medio año, solo suspendiéndose en las estaciones rigurosas del frio y del calor. Por lo menos una vez cada semana la inoculo á todo individuo que se presenta en mi domicilio, ó en una de las salas del hospital, avisando con anticipacion el local y hora que se designa. Gracias á estas disposiciones son muchísimos los vacunados en esta ciudad y sin embargo, proporcionalmente, los raquiticos y los escrofulosos no son en tanto número como en otros puntos donde se vacuna rara vez y aun en algunos nunca. No puede, pues, atribuirse á la vacuna la presencia de estas enfermedades; pues queda demostrado, que se observan con mas escasez en los puntos donde debieran ser mas frecuentes si fuera cierto lo que sientan los detractores de la vacuna. Este pais conjeturo no será una escepcion de la regla general, pues lo que notamos en esta ciudad es indudable se observa en otros puntos; que se cuide de apuntar estas observaciones, que se reasuman y quedará plenamente demostrado lo contrario de lo que dichos señores se empeñan en aseverar.

Acusar, pues á la vacuna de ser el origen de las enfermedades vistas, repito que es absurdo, y he dado la prueba de lo gratuita é injusta que es tal asercion.

Se la increpó últimamente el origen de las enfermedades cutáneas habituales y de la fiebre tifoidea. Acerca las primeras á mas de que ignoro que se presenten hoy con mayor frecuencia que antes, ni tengo noticia que despues que se inocula la vacuna se haya descubierto enfermedad alguna entre las que eran conocidas de esta especie, me refiero á lo que resulte de los registros de los hospitales y de los establecimientos termales, cuyos documentos están muy lejos de justificar tan atrevido aserto. Queda la fiebre tifoidea, gran caballo de batalla de los adversarios de la vacuna. Veamos si las razones en que se fundan, si los cimientos en que apoyan su bello edificio serán mas fuertes, tendrán mas solidez; veamos si aquellas ofrecen algun vicio y si estos son tan firmes que deje de vacilar, como vacilaron y se derribaron los que antes construyéran.

Conozcamos ante todo lo que esas gentes comprenden por fiebre tifoidea, y váemos si corresponde la de hoy día con la que trataron los antiguos con el mismo nombre. Si nos remontamos á la antigüedad y examinamos lo que entonces se entendia por fiebre tifoidea, lo que es muy

justo al tratar esta cuestion, y comparamos luego la que hoy se admite con igual denominacion, ¿dónde colocaremos las fiebres biliosas, las catarrales, las mucosas, las pútridas, etc. etc., que con tan poco acierto se confunden hoy en un solo y único nombre? Esta es la razon y únicamente esta la que se debe dar y á la que venimos á parar precisamente, si nos hemos de dar cuenta del hecho que se cita; solo á tal confusion es debido que hoy de la fiebre tifoidea se haya hecho la enfermedad mas comun de las que afligen á la pobre humanidad. Si separamos, pues, todas las enfermedades que se dicen fiebre tifoidea, solo tomando por tal la que los antiguos conocian con este dictado y la comparamos con la actual, desaparecerá esa analogía que se dice existe entre ella y la viruela, y quedará destruido el fundamento de tal acusacion. Esto bien comprendido nada tendríamos que añadir sobre este punto; pues ni hay tal analogía, ni de su existencia se nos dá la menor prueba. Penetremos no obstante algo mas en la cuestion, y, ó mucho nos engañamos, ó hemos de demostrar innegablemente que esta acusacion es tan poco fundada como lo es la que atribuye á la vacuna la manifestacion del crup, de la fiebre cerebral y de varias otras enfermedades, cuya falsedad hemos visto.

La fiebre tifoidea no figura de nuevo, ni de poco tiempo acá en los cuadros patológicos, pues ya fué conocida desde los tiempos mas remotos. Hipócrates ya nos trae su descripcion: la viruela se observó algunos siglos mas tarde; la vacuna mucho mas; luego ni aquella, ni esta, tienen nada que ver con la primera. La fiebre tifoidea atacaba antes á todo el mundo, no perdonaba despues de la viruela á los que la habian sufrido, no perdona hoy á los que fueron inoculados de la vacuna; atacó y ataca á los mortales indistintamente, y no podrán dárseme pruebas de lo contrario. Si existen estas pruebas cíteseme un ejemplo, pues si se me dá una observacion, cuya buena fé sea conocida é irreprochable, cual hay derecho á exigir en cuestion tan importante, la daremos ascenso. Entretanto no se proceda con esa buena fé, entretanto las observaciones no se manifiesten á plena luz, estamos en el caso de calificar esas aserciones de atrevidas, de injustas, de contrarias á la verdad.

Yo he visto la fiebre tifoidea en sugetos que habian padecido la viruela, la he cuidado en los vacunados, y hasta hoy no puedo decir que ella sea mas grave ni mas intensa en los segundos que en los primeros. Inútiles son las citas; los periódicos y las obras de medicina están llenos de esas observaciones, pues cabalmente en este concepto hay la mayor uniformidad entre los autores; uniformidad que seria completa si ciertas producciones no se resintiéran de ideas preconcebidas ó de conocida mala fé.

La fiebre tifoidea pues, no puede atribuirse á la vacuna; nunca esta

la origina, como tampoco ocasiona ninguna de las restantes enfermedades que se le atribuyen, cual hemos tenido ocasion de probar.

La vacuna tampoco es causa del cólera como se ha supuesto. Nada queremos añadir contra tal acusacion, pues basta mencionarla para que caiga todo el ridiculo sobre la frente de los que la propalan, y se manifieste la torpeza de sus autores.

Prosigamos: la vacuna, se dice, ha sido la causa de manifestarse varias enfermedades, las cuales son serias, graves, á menudo mortales, y de cuyos progresos se deduce la disminucion de la poblacion. Este descenso ha sido muy notable para poderse averiguar que dichas enfermedades se desarrollaban con frecuencia, que invadian á considerable número de individuos, y que su gravedad era tanta, que la muerte era muy comunmente su precisa consecuencia. Entremos, pues, en la estadística.

El Dr. Eymard, cuyas aserciones erróneas, consignadas en el opúsculo que dirigió á la Academia real de medicina, he tenido ocasion de destruir, deseando conocer la influencia que egercia la vacuna sobre la vida del hombre, investigó el número á que ascendia la poblacion de Grenoble durante los veinticinco años que precedieron al descubrimiento de la vacuna, y durante los veinticinco que siguieron al mismo; el resultado le probó que en nada habia cambiado, puesto que la poblacion persistia en el mismo estado en que la viruela la dejara. Nos falta saber lo que habria sido de esta poblacion si la vacuna no se hubiese conocido; pues tal vez podríamos calcular que se habian salvado de la muerte no pocos individuos á quienes hubiese atacado la viruela. Podríamos ciertamente deducir consecuencias mejores si nos fuera fácil comparar la clase de generacion que existia en el primer periodo con la que vivia en el segundo, de cuya comparacion indudablemente saldria victoriosa la vacuna; puesto que evitando ésta el desarrollo de la viruela evita tambien esas feas cicatrices, esas oftalmias eternas, esas fistulas lagrimales, y toda la série de enfermedades y defectos que lega al infeliz que la sufre. Completaríamos este cuadro si quisiésemos con el número de aquellos, que si bien con la vacuna no adquirieran un privilegio de inmortalidad, viéronse libres de la viruela y prolongados sus dias á no pocos, que sucumbieran sin duda á los tiros certeros de la grave enfermedad.

Casi en época igual, y por el mismo periodo de años, el Dr. Barrey repitió en Besançon lo que el Dr. Eymard hizo refiriéndose á Grenoble. Allí desde 1777 á 1801 hubo 26,113 nacimientos y 26,155 defunciones; desde 1802 á 1826 se contaron de los primeros 23,643 y de los segundos 22,694: es pues visto, que si en la primera época los muertos eran mas que los nacidos en una proporcion mínima, en la segunda estos escedieron á aquellos en cerca de un vigésimo. Si á primera vista estos cálculos

no son muy concluyentes, las notas que acompañan el trabajo hablan mucho en favor de la vacuna, pues que el Dr. Barry no se olvidó de notar, que durante el primer período á que se refiere á la edad de veinte años no vivían la mitad de los nacidos, y que en el segundo á igual edad existían aun los tres quintos.

Si pasamos de estos cálculos á otros que no admiten réplica, citaremos el discurso que pronunció el Ministro del Interior el día 11 de Octubre de 1813 en la sesión que celebró la Sociedad central de vacuna. De este documento consta que sobre 1.400,000 individuos que nacían anualmente en el imperio francés, eran invadidos de la viruela 1.000,000, falleciendo de la misma 150,000.

De otro documento que vió la luz pública el año 1818 resulta, que en 1811 fueron inoculados con la vacuna 700,000 individuos, que padecieron la viruela 70,000 y que sucumbieron á la misma 8,500.

Así, pues, queda sentado, que en los primeros años del siglo actual, cuando apenas se inoculaba la vacuna, la viruela invadía á 1.000,000 de individuos y decretaba la muerte de 150,000; que pocos años despues, y en especial el de 1811, se distinguió por haber recibido la linfa 700,000 individuos, solo atacó la viruela á 70,000 personas, de las que fallecieron 8,500 en lugar de los 150,000 que perecieron cuando casi no se conocía la vacuna; diferencia enorme que habla muy alto en favor de la eficacia de la vacuna, y contra las acusaciones absurdas que se la hacen. Ni es posible que los 141,500 individuos que la vacuna salvó en 1811, y que fundados en datos auténticos hubieran muerto de la viruela, no es posible, repito, que todos fuesen heridos mortalmente de las enfermedades cuyo origen se atribuye á la vacuna; y añado además que nunca se podrá demostrar lo contrario.

Algunas palabras mas y concluiremos con la estadística.

La prueba mejor del feliz estado de la salud pública es el aumento de la población; y si bien se ha de conceder algo al trabajo y á las comodidades que con él se procuran, así como á los progresos de la higiene privada y pública, no menos que á otras causas que conspiran al bienestar del hombre, no es menos cierto, que sin disfrutar el individuo de buenas condiciones de salud, las demás referidas tendrían una parte muy débil en el aumento de la población. La vacuna, vistos los resultados que produce, de seguro no es estraña á tal movimiento; por mas que pese á sus detractores, es y será siempre una de las causas principales de la salud y de la prosperidad del hombre. Por cierto que si los agravios que se la hacen tuvieran el menor fundamento; si ella en nada contribuyera á ese buen estado de la sociedad, como hay empeño en aseverarlo; si despues como antes de su descubrimiento la mortalidad entre los variolosos y los vacunados, no hubiese cam-

biado; ese aumento de poblacion no se dejara notar de un modo tan sensible y regular como se observa en Francia, ni habria obtenido una cifra tan progresiva y elevada cual lo es en nuestros dias.

Limitándonos á una sola provincia ó sea al departamento donde residimos, cuyos datos son exactisimos, encontramos que en el periodo de cincuenta años que median desde 1797 al actual de 1857 la poblacion ha aumentado en mas de 60,000 almas. La poblacion que en el primer año de los citados era de 329,518 individuos ascendia en 1834 á 359,056; en 1846 á 386,596 y por fin en 1857 á 493,890; de lo que resulta que desde el primer año al último de los 50 comprendidos hay un aumento de 64,378 ó sea sobre un sexto. El aumento, que segun se vé ha sido mucho mas notable desde 1834 á 1857 que desde 1797 á 1834 se debió á que no hubo las guerras de la República y del Imperio, las que en el último periodo llevaron consigo una disminucion de poblacion. Si aun se desea investigar año por año la proporcion de este aumento y su origen verdadero, siempre se encontrará en la diferencia de los nacidos con los muertos, siendo aquellos en mayor número que estos. Tómese por ejemplo un solo año; el primero que me viene á mano es el de 1814; los nacidos fueron 9796 y los muertos 7288 de lo que resulta un aumento de 2508. Este resultado, á la vez que prueba el buen estado de la salud pública, habla en favor de la vacuna, y la absuelve, si se quiere indirectamente de los cargos que se la hicieron.

Lo que yo digo de este departamento Mr. Dupin lo verificó en lo general de Francia. Además este sabio vino á concluir, que la mortalidad lejos de aumentar desde que se descubrió la vacuna ha disminuido siempre, de modo que la que consta entre los individuos de 20 á 28 años de edad ha disminuido hasta muy cerca del catorce por cien. Los cálculos de Mr. Dupin vinieron confirmados plenamente por la Estadística que despues se publicó, y cuyos periodos comprenden desde los cincuenta á los sesenta años últimos.

Lo que dijimos de Francia podremos aseverar de Europa; pues de los varios cuadros estadísticos que se han publicado desde 1788 á 1856, resulta que su poblacion ha aumentado en mas de 110,000,000 de individuos, figurando España en cerca de 5,000,000 y Francia en algo mas de 11,000,000. Siempre se encuentra la causa de tal ascenso en la disminucion de los muertos; así es que en Francia siendo la mortalidad desde 1780 á 1784 la de 1 sobre 26 habitantes, en 1801 era la de 1 sobre 33 y desde 1846 acá no ha escedido de 1 sobre 42.

Esa disminucion en la mortalidad es una prueba evidente de la mejora en la salud pública y del mejor bienestar de la sociedad. Las causas á que se

debe sin duda no se ignoran; mas ¿será justo negar á la vacuna ser una de tantas y aun de las que figuren en primera línea? Indudable ha de ser; pues no se puede negar que antes de ser descubierto este profiláctico, la viruela arrastraba al sepulcro el décimo de los nacidos. Luego si la mortalidad ha disminuido de un modo tan notable precisamente despues del citado descubrimiento, es evidente, que evitando el desarrollo de la viruela, ha sido una de las causas principales del descenso en la mortalidad. Era suficiente esta sola prueba, sin que necesitásemos ya mas, para absolver á la vacuna de todos los cargos que á su accion se hicieran.

Pero no nos basta aun; echemos la vista sobre la América, cuya poblacion segun se asegura se duplica cada veinte años. La vacuna, entre esos habitantes, no es la que menos influencia ejerce en tal insólito aumento; pues si nos entregamos á investigar sus causas reconoceremos que es otra de las mas principales, y que con justo título reclama la gloria mayor en resultado tan sorprendente. Al evitar la manifestacion de la viruela, cuyos estragos digimos ya que eran tan deplorables, que llegaba á despoblar por entero los sitios mas concurridos ¿no ha quitado á la infancia uno de los escollos, contra el cual se estrellaba? La vacuna, pues, ha prolongado la vida de aquellos infelices, y se la ha garantizado á no pocos, que dotados de constitucion robusta solo podian temer que esta causa de muerte les impidiese llegar á ser miembros útiles de la sociedad; luego la vacuna es cierto que contribuye en una parte principal al aumento de su poblacion tan rápido y tan considerable cual hoy presenciamos.

Despues de tantos hechos por demás concluyentes, á la vez que altamente consoladores, que no se diga mas que la vacuna sea insuficiente para explicarlos, que sea ineficaz, que sea nociva al hombre y á la sociedad, causando una infinidad de enfermedades. Ante los resultados que hemos consignado es imposible conceder el menor ascenso á las declamaciones que se produjeron contra la vacuna; imposible prestar la confianza mas mínima á toda esa cáfila de imputaciones que se la hicieron, atreviéndome á esperar que bastará esta discusion para destruirlas y desvanecerlas de un modo completo.

Réstame aun examinar la acusacion última que sin el menor cuidado se hizo á la vacuna. Para que sus autores se atreviesen á pronunciarla necesario era que contasen con la ceguedad de aquellos á quienes se dirigian y aun con la de todo el mundo. ¿Cómo sinó podian prometerse acogida al soltar una opinion tan poco fundada, tan contestable y tan absurda cual la que uno de tantos ha producido?

En cierto libro que no hace mucho vió la luz pública, se sienta: *que la especie humana ha degenerado, que á las poderosas razas del siglo pasado*

ha sucedido una generacion pequeña, flaca, débil, calva y miope; que su carácter es triste, su imaginacion estéril y pobre de espíritu; que esta generacion es presa de enfermedades nuevas, que las conocidas entre los antiguos las sufre con mas frecuencia, con mayor gravedad, y que son mas mortíferas, que sus facultades intelectuales sufren las consecuencias de tal desorganizacion; que existe en ella un mal radical que nadie vé, que nadie quiere ver, y que remontándose al origen de este múltiple desastre no se encuentra, ni es otro, que la vacuna.

Tal es el terrible grito de alarma que se ha arrojado contra la vacuna; tales son las acusaciones que se han atrevido hoy á formular contra este medio profiláctico. Pero cual las otras que van referidas y cuya falsedad he demostrado, se presentan éstas desprovistas de datos; ni una prueba, absolutamente ninguna se presenta para demostrar su verdad. Por esta razon las creemos hijas de una imaginacion enferma, y enferma es preciso que sea para entablar una acusacion semejante, acusacion de enferma que nosotros referimos al estado físico y moral de los autores que la han proferido. Pocos momentos nos ocuparemos de esa opinion, y únicamente con el objeto de que resalte mas todo lo que tiene de frívola y de ridícula.

Antes de producir tamaña acusacion, aun concediendo los males que se deploran, que dicen debidos á una sola y única causa, era preciso asegurarse de que no existian otras que las esplicasen, era necesario que se investigase si han existido y tal vez existen, entre las muchas que egercen alguna influencia sobre la economia del hombre, alguna otra que la vacuna, á la que se pudiese acusar, por lo menos en parte, de ese desastre universal que denuncian.

Colocándonos bajo su punto de vista es constante; que la condicion del hombre se ha resentido y se resentirá siempre de alguno de los defectos y de las aberraciones, que son consiguientes á la trasmision hereditaria y á los vicios diatésicos, identificados con el organismo. Mas la existencia de estos gérmenes en la economia se han reconocido siempre, así antes como despues del descubrimiento de la vacuna; es un legado que los antiguos hicieron á nuestros padres, que á la vez estos nos regalaron á nosotros, que luego lo haremos á los que nos sigan, y quienes á su vez lo harán á las generaciones sucesivas. Hé aquí una causa incontestable que no debian olvidar antes de atribuir á la vacuna el único privilegio; antes de colgar á ese medio unas desgracias, cuando por mas que se haya dicho y se razone, nunca se ha conocido sino por los beneficios que prodiga. Si se hubiese procedido con esa ingenuidad hubieran reconocido y hecho aceptar franca y sinceramente el origen de los males que deploran, y debian hacerlo cuando menos par estudiar, si en alguna otra parte que en la vacuna se hubiese encontrado

por lo menos algo del origen de un cuadro tan aterrador, como el que se complacen en diseñar.

¿Pero esos señores necesitaban investigar esas causas y esas influencias, sino era á ellas contra las que iban á dirigir sus tiros? Todos los esfuerzos de que eran capaces se emplearon contra un medio, muy inocente por cierto, cuya pérdida y esterminio juráran; era la vacuna la influencia que buscaban, y contra la vacuna acumularon acusaciones sobre acusaciones. ¡Desgraciada vacuna! ¡Qué semblante tan horrible mostrarías, si de los mandobles que te asestaron te resultasen cicatrices! Por fortuna te defendiste con acierto; tu constitucion ha sido fuérte y robusta, no solo para vencer á tus enemigos, si que para trasladar algo de ella á la especie humana, dándola así resistencia y vigor para inutilizar los fieros ataques, que con tanto vigor se la dirigen.

Que la especie humana degenera, se dice; pero ¿dónde está esa degeneracion cuando todos los días vemos lo contrario, cuando muchísimos hechos lo contradicen? Veamos pues ¿dónde existe la degeneracion? La generacion actual es pequeña, flaca, mezquina; pero ¿estos grandes é innumerables trabajos de la industria y del comercio, cuyo plantéo exige una fuerte masa de fuerzas físicas é intelectuales, esos trabajos serán producto de esos séres flacos, ruines, degenerados? ¿Lo serán de esos espíritus desorganizados y enfermos cual los cuerpos á que pertenecen? En verdad que al echar un vistazo sobre los adelantos que en todas partes y de mucho acá se verifican, ó uno se entrega á la mayor indignacion ó se compadece de esos señores al leer tan miserables asertos.

Y sobre todo, cuando uno ve que á medida que los años trascurren, esa infinidad de trabajos progresan, y que ese progreso constante exige y consigue un redoblamiento de potencia, de actividad y de inteligencia, sorprende que haya hombres que desconozcan situacion tan próspera, y que habla tan alto en favor de esa superioridad de génio y de fuerzas, cual hasta nuestros tiempos nunca se ha conocido.

Pero no basta aun. Esos denunciadores de los vicios de la especie á que pertenecen, debían convertirse y se han convertido en calumniadores de la clase militar. ¿No nos dicen que la voluntad de nuestros soldados es enervada, y apoyándose en la pequenez relativa de éstos, no han soltado la prenda de que son inferiores á los del primer imperio? ¿Estarán seguros de la verdad de lo que sientan, ó se han visto arrastrados por prevenciones injustas? ¿Con que los soldados de hoy son débiles, ruines y enervados? Eran enervados esos militares, así invasores como enemigos, que hace poco vimos combatir en el Oriente? ¿Eran débiles y ruines, habian degenerado de sus antepasados esos hombres ardientes é impetuosos que en esta guerra de-

mostraron tanta fuerza incalculable de génio, de actividad, de valor y de paciencia? Y aunque concediésemos á sus detractores que carecian de algunos milímetros de la talla de sus antepasados, han de confesar á su vez, pues ante la evidencia de los hechos no se admite negativa, que nunca los han visto mas elevados ante el enemigo, quien á su vez desplegó tambien la mayor firmeza y la mas calorosa energia. Los nuestros lidiaban además con los rigores de un clima que les era extraño, en lo fuerte de una temperatura que nunca habian conocido, sin transicion que les acostumbrára, causas bastantes de desorganizacion, de disolucion, de desaliento; en un terreno donde pasaban los días y las noches entre el barro y la nieve, echándose sobre el hielo, mal abrigados con un pedazo de tela, causas suficientes para desmoralizarse, para debilitarse, para destruir la organizacion mas robusta, y no obstante vimosles regresar victoriosos de una campaña célebre por lo larga y por los sacrificios que se les impusieron; vimosles en su mayoría mas lozanos, mas fuertes, mas robustos que antes. En efecto; cuando partieron al Oriente eran mas jóvenes, nada acostumbrados á la actividad de los campos, y con la flogedad y algo mas que flogedad muy propia de los años que contaban; no han vuelto mas viejos, pero sí mas fuertes, mas vigorosos y en un estado escelente de salud. Su temperamento se habia afirmado, su constitucion robustecido; se habian desarrollado sus fuerzas; y eso en medio de los trabajos de una campaña, cuyas dificultades y multiplicidad de peripecias debian concluir por matarles, si su constitucion se resintiéra de esos vicios y defectos de que los enemigos irreconciliables de la vacuna les quisieron dotar. Es preciso convenir que para tal empresa, para ganarla prosélitos se ha escogido la peor ocasion, pues todo el mundo se convencerá del error en que incurrieron; error extraño por cierto entre quienes dicen estar convencidos de la verdad de lo que sientan.

Si contra nuestra esperanza esos resultados prodigiosos no les bastaren á esos hombres ciegos y prevenidos para desengañarles de lo absurdo de sus declamaciones; si no les fuesen suficientes esas maravillas de la industria, las fuerzas colosales que absorven sus progresos y exige y logra todos los días; si los trabajos y progresos de la agricultura, si la actividad del comercio, la estension inmensa que toma y el movimiento que de continuo exige; si ese ardor incomparable, ese vigor irresistible, esa resistencia refractaria, y esa calma imperturbable, cuyos palpitanes ejemplos hemos visto en los combatientes de uno y otro lado en la última campaña; si todo eso no consiguiéra que esos espíritus fanatizados volviesen en sí, convirtiéndose á ideas mas sanas; si aun se exigiese una última prueba de la notoria injusticia que envuelven sus acusaciones, la encontraríamos en esa prosperidad general que presenciarnos con orgullo, en ese brillante estado de la salud pública,

cuyo cuadro hemos bosquejado, y en ese aumento inmenso de la poblacion de Europa y de las demás regiones conocidas. Es evidente que tantos progresos no se habrian conseguido; no hubiesen sido posibles, si la poblacion de paises tan diferentes se resintiéra de las condiciones de debilidad, de degeneraciones, y de propension á adquirir enfermedades graves, que á la generacion actual increpa la malevolencia y la ciega prevencion.

Creo que será bastante lo dicho para demostrar la injusticia de la última acusacion y de las demás hechas contra la vacuna. Se la atribuyeron una porción de afectos patológicos; se la imputó el origen de una pretendida desorganizacion moral y física; pero ante los hechos verídicos que referimos, ante los datos patentes que recordamos, ¿qué ha resultado de aquéllas acusaciones, y de la cáfila de declamaciones que las acompañan? ¿Habrá aun quien crea que tantas desgracias como se achacaban á la vacuna puedan real y verdaderamente ser el producto de la inoculacion de este escelente profiláctico? No nos atrevemos á sospecharlo; al contrario conceptuamos, que al demostrar las pruebas de nuestra opinion se habrán convencido los mas incrédulos; resultando de todo, que la vacuna, siempre benéfica, nunca dió origen al menor mal, y que es estraña, completamente estraña á toda esa série de afectos morbíficos que la malevolencia quiso atribuirle.

Llegamos al término de nuestro discurso: si se tiene presente cuanto hemos tenido el gusto de manifestar, los numerosos hechos en que nos apoyamos, y las consecuencias que á su vez hemos deducido, nos creemos autorizados á dar la solucion siguiente á las diferentes cuestiones examinadas.

1.^a ¿La accion preservativa de la linfa-vacuna es temporal ó absoluta? En el primer supuesto manifiéstese hasta qué época se conserva y qué medios puedan adoptarse para que dicha accion sea indefinida.

Contestacion: la accion preservativa de la vacuna es temporal en muchos casos y absoluta en otros muchos.

La vacuna conserva su accion profiláctica por espacio de doce, quince, veinte años y mas; los repetidos hechos para resolver ese espacio no permiten fijarla con certeza; tan variable es lo que hasta hoy ha podido observarse.

El medio verdadero de que se debe echar mano para que dicha accion preservativa se conserve indefinidamente es la revacunacion: ésta se ha de verificar á los diez ó doce años de la primera inoculacion de la linfa, y repetirse en cada período decenal.

2.^a ¿Los afectos morbosos que se atribuyen á la vacuna, deben referirse á esta?

Contestacion: la vacuna preserva de una enfermedad, ella no dá origen á ninguna. Los afectos morbosos que se la atribuyen no pueden referirse á

la misma ; ni en la manifestacion de aquellos , ni en su desarrollo , la vacuna no representa ningun papel, absolutamente ninguno.

Tales son las consecuencias que últimamente sentamos; tal la solucion que creemos justa á las cuestiones que nos propusimos resolver. Si lo hicimos de un modo concluyente, no nos pertenece á nosotros decidirlo. Añadiremos solo al terminar este ligero trabajo, que si obtiene alguna aceptacion y honoríficos sufragios, consideraremos nuestros esfuerzos altamente recompensados.

FIN.

Suplicamos á nuestros lectores que se sirvan atender las siguientes

CORRECCIONES.

Pág.	Lín.	Dica	Léase
8	25	Lupan	Duncan
Id.	32	Lupan	Duncan
Id.	37	Cheburgo	Cherburgo
10	15	estas últimas	estos últimos
Id.	24	Copenaghe	Copenhague
Id.	32	Copenaghe	Copenhague
Id.	36	Stócolmo	Stockolmo
11	2	Plaff	Pfaff
Id.	40	Bielans	Beclard
12	17	Istard, Guersent,	Itard, Guersant,
Id.	Id.	Girardin	Gèrardin
Id.	38	Sta.	St.
16	3	Ceres	Ceret
Id.	20	La Voutte (Ardache)	La Voulte (Ardeche)
Id.	21	Millan	Milhau
Id.	32	Mous-Marsau (Laudes)	Mont-d. Marsau (Landas)
Id.	34	Saint Poul de Lyon	Saint-Pol-de-Leon
18	13	(Pont de Dome)	(Puy de Doma)
Id.	18	En el radió de	En el departamento de
19	6	Castellene	Castellane
Id.	17	Wasselerme	Wasselonne
Id.	26	Quimpuló	Quimperlé
22	8	vacemelas	vaccinelas
31	4	mas de	cerca de
Id.	26	uttima	última
32	19	que lo proveen	de quienes se estrae
35	36	Mr. Mare	Mr. Marc
36	3	Mr. Mare	Mr. Marc
38	28	Génova	Ginebra
Id.	30.	Mery	Morin
Id.	32	Lomban	Lombard
Id.	34	Delhin	Declhim
41	24	Millot	Milla
49	17	Merllat de Blaume	Merelat de Baume

Pág	Lín.	Dice	Lease
49	21	Leville	Deville
Id.	27	Robillan	Robillaux
Id.	Id.	Golly	Joly
Id.	28	Desjardins de Boniague	Du jardin de Borgoña
Id.	38	Lloret	Levret
Id.	Id.	Neumeguis	Hennequin
Id.	40	Viné	Vitré
51	9	Amiens	Amiens
56	29	ascenso	asenso
60	28	ascenso	asenso

